

INSTITUTO DE
RELACIONES
INTERNACIONALES

Serie: Estudios

Nº 18 - Julio 2000

Conflictos de identidad y supervivencia
de los Estados nacionales
Italia, España, Francia y Argentina

Carlos Barbé



Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Introducción necesaria	5
II Crisis del estado y reacciones identitarias	9
2.1 La erosión de las funciones del estado: ¿cuáles son las verdaderas causas?	9
2.2 Formas de identidad	12
2.2 ₁ Identidad y comportamientos	12
2.2 ₂ Imágenes influyentes	12
2.2 ₃ Las identidades colectivas	14
2.3 Naciones e identidades	15
2.3 ₁ La identidad nacional	20
2.4 La dimensión empírica de los procesos identitarios	23
2.5 Identidades nacionales: una confrontación internacional	26
2.6 Las presiones centrífugas internas: regionalismos y localismos	30
2.6 ₁ Un laboratorio excepcional	32
2.7 ¿Se sienten europeos los europeos? ¿Y los habitantes del Mercosur?	34
2.8 Cambios significativos en el último lustro del siglo XX	36
Nota	39
III Racismo, xenofobia e interacciones etnocéntricas: la antiglobalización	41
3.1 Flagrantes contradicciones	41
3.2 Elementos analíticos para el estudio de una situación preocupante	44
3.2 ₁ El "nuevo racismo": un concepto en discusión	46
3.2 ₂ Etnocentrismo y comportamientos etnocéntricos	47
3.2 ₃ El etnocentrismo puede ser tan letal como el racismo	49
3.3 Los jóvenes europeos, los jóvenes argentinos y la inmigración extranjera	50
3.4 Interacciones etnocéntricas y repercusiones identitarias.	53
3.4 ₁ Las poblaciones residentes	53
3.4 ₂ Las respuestas de los inmigrantes	53
IV Como si fuera un epílogo	57
Referencias bibliográficas de los trabajos citados	59

I

Introducción necesaria

A fines de noviembre de 1999, poco antes de la iniciación de la famosa reunión de Seattle del WTO (Organización mundial del comercio, el ex GATT), el más prestigioso de los diarios franceses, *Le Monde*, publicó una entrevista al ministro de Educación de Francia, Claude Allègre, que tuvo una gran repercusión en toda Europa. Por un lado, Allègre reiteraba allí una posición que desde hace tiempo (ya desde la época del *Uruguay round* del GATT) es compartida por varios países europeos y los enfrenta con los EE.UU.: los productos "culturales" -el cine, la música, la televisión- no pueden ser puestos sobre la mesa de la negociación como una mercancía más; o sea, no se puede asistir inermes, sostiene el ministro, a la invasión de las series televisivas o las películas norteamericanas, una invasión que, como es evidente, persiste en realidad desde hace mucho tiempo pero que los productores estadounidenses querrían todavía acrecentar.

Pero las declaraciones de Allègre, y los comentarios que han provocado, iban mucho más allá y abarcaban temas aún más complejos y trascendentales. Se teme un desembarco masivo de Universidades e institutos educacionales norteamericanos en Europa -que de hecho implicaría una privatización generalizada de la educación- lo que aparentemente podría satisfacer el sueño de algunos de los apologistas de la "globalización": los títulos de estudio, cuya validez ha sido celosamente vigilada por los estados nacionales, se transformarían en universales. El problema que se presenta es, sin embargo: ¿cuál sería el contenido de los programas? ¿cuál la visión de la historia, de la cultura e incluso de la geografía política de los actuales estados-nación? Y, si los cursos "a distancia", incluso los universitarios u otros de carácter terciario, se transformarían en masivos, ¿con cuáles materiales didácticos serían realizados?, ¿fundamentalmente con aquéllos redactados en inglés y preparados en su mayor parte fuera de las fronteras europeas?

O sea, lo que está en juego no son solamente intereses económicos de formidable magnitud sino también la identidad colectiva ligada a los actuales estados nacionales o al estado supranacional "Unión Europea", si es verdad (tal como se verá en el capítulo II) que una de las fuentes principales de la formación de las identidades nacionales está constituida por las agencias de socialización, entre ellas, fundamentalmente, los institutos educacionales en sus diversos niveles.

El tema tiene una importancia crucial. La globalización no sólo habría minado ya desde hace tiempo la estructura y las funciones de los estados-nación, estaría por jaquear incluso el sentido de pertenencia nacional para abrir paso a una genérica identidad cosmopolita (¿o estrechamente ligada a los modelos provenientes de la mayor potencia hoy existente en la escena mundial?).

En realidad, la investigación empírica que presento en el capítulo II demuestra que, contrariamente a lo que muchos sostienen, si no cabe duda sobre el modo en el cual la globalización ha achicado el tradicional espacio de acción de los estados nacionales, sobre todo en el campo financiero, con respecto a los aspectos identitarios la situación es, por ahora, muy distinta de la que se cree. Por otro lado, cuando se leen las crónicas de las jornadas de batalla campal que se vivieron en Seattle se podría pensar que las reacciones a los efectos contundentes de la globalización financiera serán en el futuro muy enérgicas. Sin embargo, no es de esas crónicas que se puede llegar a tales conclusiones. En Seattle confluyeron en la violenta protesta sectores muy diferentes: opositores al "capitalismo global"; ecologistas que temen los efectos devastadores de una economía multinacional guiada por

los intereses inmediatos de los grandes colosos financieros e industriales; sindicalistas de naciones ricas que reclaman por la fuga de capitales hacia mercados de trabajo deprimidos en busca de mano de obra barata e hiper-flexibilizada; enemigos de la transformación genética de los alimentos (una parte de los cuales porque son auténticos defensores de la nutrición basada en productos "naturales", otros, porque defienden los intereses corporativos de la agricultura y la ganadería europeas que sobreviven solamente gracias al sostén estatal). Y en las reuniones oficiales de la conferencia, el etnocentrismo (véase el capítulo III) de los delegados de las naciones más potentes se manifestó una vez más en toda su crudeza: a través de la exaltación de sus propios intereses y el menosprecio e incluso la ignorancia de las razones de los otros, sobre todo de los países más débiles.

El tema al que aludo representa uno de los problemas fundamentales con los que se abre el nuevo milenio, incluye innumerables e intrincadas facetas, encierra algunos nudos teóricos (y empíricos) de no simple solución, y estará al centro de muchos debates, académicos e ideológicos, de los próximos años. Un ejemplo. El arribo de inmigrantes extranjeros (si bien es infinitamente menor al que a principios del Novecientos se produjo en los tradicionales países de inmigración como los EE.UU. o la Argentina) ha provocado en Europa una ola de xenofobia exasperada: los países europeos estaban acostumbrados a generar emigración, no a recibir inmigrantes. Para justificar tales reacciones y su oposición a una sociedad mundial que tiende a transformarse en multiétnica, algunos, los exponentes de la llamada "nueva derecha" francesa entre ellos, se defienden sosteniendo que sus actitudes no tienen motivaciones racistas, que responden al deseo de proteger y mantener la "cultura" en la que han nacido. Se trata de una deformación evidente (los pueblos europeos no manifestaban la misma preocupación por las poblaciones nativas cuando eran ellos a conquistar inmensos territorios en otros continentes) que ha sido desenmascarada como la expresión de un "nuevo racismo" (un concepto que será discutido en el capítulo III). Ahora bien, ¿algunos de los argumentos con los cuales se puede enfrentar a la "globalización" cultural y lingüística no serían en principio muy parecidos a los utilizados por los sostenedores del "nuevo racismo"? *¿Serán necesarios por lo tanto otras argumentaciones y otros motivos si se considera importante enfrentar la oleada globalizante que en el afán de homogeneizar a toda costa corre el riesgo de desnaturalizar ricos patrimonios culturales y lingüísticos?*

Si el tema en debate alcanza una especial magnitud es también porque arrastra consigo otros hechos que son actualmente objeto de polémica: los estados nacionales, tal como los conocemos desde hace dos siglos, ven actualmente recortados sus poderes y sus funciones no solamente por efecto de la globalización sino también por la creación de estados supranacionales (como la U.E. y en perspectiva el Mercosur). Y al mismo tiempo se verifica la existencia en muchos estados nacionales de fuerzas centrífugas, de regionalismos que tratan de obtener mayor autonomía e incluso, en ciertos casos, postulan el separatismo liso y llano. Los estados nacionales se ven atacados pues desde frentes diferentes. Sin embargo, estos fenómenos, de importancia decisiva porque en conjunto pueden variar fundamentalmente la organización mundial tal como se presenta a nuestros ojos al iniciar el tercer milenio, son a menudo objeto de simplificaciones o de exageraciones sin tener en cuenta la situación real que solamente puede ser sopesada a la luz de investigaciones empíricas concretas.

Como se ve, estamos de frente a una serie de problemas de índole diversa pero que, en la actual situación se presentan entremezclados y, en algunos casos, indisolublemente unidos. Una de las tantas dificultades que hay que obviar para abordarlos estriba en malentendidos tanto conceptuales como lexicográficos que se tratará de superar, caso por caso, en los capítulos que siguen, en el curso de los cuales se observará que los temas en

cuestión no se circunscriben al escenario europeo. Sus implicancias se extienden a otras áreas. Argentina es una de ellas.

II

Crisis del estado y reacciones identitarias

2.1 La erosión de las funciones del estado: ¿cuáles son las verdaderas causas?

No es sin duda una novedad que el estado nacional, tal como lo conocemos desde hace dos siglos, esté actualmente en crisis, como se preocupan de recordárnoslo una infinidad de trabajos académicos y periodísticos de los últimos años. En realidad, hace casi tres décadas se sostenía ya (Bell 1973) que el estado nacional estaba transformándose en un escenario demasiado estrecho para poder hacer frente a los innumerables nudos económicos y tecnológicos que se estaban delineando en el panorama mundial, pero que a la vez era demasiado amplio para poder encarar y solucionar los dilemas concretos y cotidianos de los individuos.

Y efectivamente el estado nacional se ha visto sometido a dos tipos de presiones. Por un lado, se asiste a una paulatina preponderancia de uniones económicas inter-estatales (el Mercosur, el Nafta, etc.) que tienden a convertirse gradualmente en estados supranacionales: la Unión Europea es en tal sentido el modelo más nítido.

Por otro lado, en los últimos diez años se ha producido la desintegración de estados consolidados, como la ex Unión Soviética o la ex Yugoslavia y al mismo tiempo, en Europa occidental, se ha intensificado la acción de fuerzas centrífugas, autonomistas y/o separatistas: Cataluña y el País Vasco, en España, constituyen ejemplos elocuentes. Se trata, sin embargo, de un fenómeno complejo, que se presenta con manifestaciones diversas y con infinitas facetas y matices que no deben ser unificados porque tienen implicaciones diferentes. En todos los casos se verifica, esto sí, la reivindicación de una identidad preexistente y -como es típico en los fenómenos identitarios- se proclama la diferencia de frente a un *alter*. Pero se trata de *alter* muy distintos: un imperio autoritario en disgregación, estados nacionales con un sistema político democrático o incluso otra minoría (como ha sucedido en Yugoslavia).

Se debe tener en cuenta que estamos asimismo de frente a un resurgimiento de tantas otras identidades no correspondientes a los estados-nación, como las identidades indígenas en América Latina: el Chiapas es sólo uno de los ejemplos (pero este resurgimiento se produce también en países con menor densidad de población indígena como Argentina).

A la presión de las dos fuerzas opuestas antes indicadas han venido a sumarse los efectos contundentes de la "globalización" o "mundialización" y es a ella a la que se hace hoy referencia con más frecuencia cuando se habla de la actual crisis de los estados nacionales. Pero la globalización no es un fenómeno único y compacto, comprende varios planos analíticos, a menudo contradictorios entre sí. De ellos solamente uno, la veloz expansión de la globalización informática, representa un hecho incontrovertible si bien por ahora incide directamente sólo sobre una parte de la población mundial y provoca entre los excluidos una reacción notoria, un repliegue localístico: la "localización" (Bauman 1998). Esta globalización informática que representa una verdadera revolución tecnológica, tiene ya, y tendrá más aún en el futuro inmediato, infinitas consecuencias (en los conocimientos científicos, en las transacciones financieras y comerciales e incluso en la vida cotidiana) pero no es ella la que atenta directamente contra la supervivencia de los estados nacionales.

La llamada "globalización social" que implicaría según algunos (Basch L., Glick Schiller N., Szanton-Blanc C.1995, Wong L. 1997) la constitución de un mercado de trabajo globalizado y por lo tanto de incesantes flujos migratorios, incluso intercontinentales, es en cambio totalmente inexistente: nunca como hoy ha habido en el mundo mayor libertad para la circulación de los capitales, pero pocas veces como hoy se han puesto tantas trabas a la libre circulación de las personas. Lo que efectivamente existe es una constante búsqueda, por parte de las empresas multinacionales, de mercados de trabajo deprimidos y con mano de obra "flexibilizada" en modo de poder prescindir de ella sin grandes dificultades y donde el coste de esa mano de obra sea el más bajo posible. Es de esto que se quejaban (patéticamente) algunos obreros norteamericanos en Seattle acusando a los trabajadores de otras latitudes de "robarles el trabajo".

Se habla asimismo de la vigencia de una "globalización política". Con esa expresión se entiende hacer referencia al hecho de que el mundo no está ya dividido en dos grandes bloques, como lo estuvo durante la guerra fría, o indicar que, sobre todo los países más débiles, deben aceptar una permanente supervisión de sus políticas económicas por parte de organismos financieros internacionales (FMI, Banco Mundial). Pero al mismo tiempo, nunca en las últimas décadas las Naciones Unidas han tenido menos poder que al comenzar el siglo XXI como lo ha demostrado, entre otras cosas, el conflicto del Kosovo. ¿Porqué hablar entonces de "globalización"?

La centralización productiva y fundamentalmente la centralización financiera que se están operando en forma galopante a nivel mundial con una constante serie de "matrimonios" entre empresas industriales o bancarias o con la lisa y llana absorción de las menos fuertes por parte de las más poderosas, éstas sí tienen efectos devastadores sobre los estados nacionales. Se ha profundizado con una velocidad vertiginosa la centralización de los capitales "multinacionales". Varios de estos grupos son infinitamente más fuertes que la mayor parte de los estados nacionales existentes. Y todo esto ha sido teorizado como un proceso "normal" en el curso del cual las erosionadas funciones de esos estados deberían limitarse a mantener un presupuesto "equilibrado" sin la menor posibilidad de poner en práctica políticas económicas autónomas. Es este el modelo de la "globalización" neo-liberal con el cual se puede estar de acuerdo o en desacuerdo, pero sobre algo no se puede tener dudas: no se trata de un fenómeno "natural" o ineludible, algo que es así y no puede ser de otra manera.

La revolución industrial fue acompañada por una serie de consecuencias, algunas positivas y otras negativas como la contaminación ambiental. Durante más de un siglo la contaminación fue presentada como un fenómeno "natural", el precio que se debía pagar por la industrialización. Y si bien la contaminación ambiental sigue en pie en gran parte del mundo ¿quien osaría hoy presentarla como un símbolo de progreso, como eran percibidos en cambio hace un siglo el humo de las chimeneas o el hedor exhalado por los establecimientos fabriles?

Si esto vale para un fenómeno físico como la contaminación es aún más cierto en el caso de los fenómenos sociales que no son nunca un mero hecho "natural" sino el producto de la acción y la interacción entre individuos. A partir del siglo XVIII el desarrollo fue conceptualizado como un proceso que se daba en etapas progresivas cuyas características fueron teorizadas en modos diferentes pero sin poner nunca en duda la existencia de fases ineludibles de crecimiento. Con esos rasgos fundamentales, los clásicos de los estudios sociales (Barbé 1974) sentaron las bases del concepto de desarrollo visto como un proceso "natural" de crecimiento. Se trata de un esquema que, con modalidades sin duda diferentes, se encuentra en todos los clásicos de las más diferentes orientaciones (Comte, Spencer, Marx) y que hasta los años Sesenta del Novecientos fue compartido por sociólogos y economistas de diferentes tendencias académicas o ideológicas. Hoy, sólo treinta

años después, ¿quién aceptaría que todas las sociedades, una vez superadas una serie de etapas, llegarán a obtener inexorablemente logros similares a los alcanzados por los países considerados "avanzados"?

Antes de abordar el tema central de este trabajo, es imprescindible por lo tanto dejar en claro algunos puntos. En primer lugar, no es la globalización tecnológica la que ha llevado a la crisis de los estados nacionales. Es verdad que algunos aspectos de la informatización tienen influencias notables: por ejemplo el intercambio de valores bursátiles por vía telemática puede producir en pocas horas el "vaciamiento" de inversiones trabajosamente conseguidas. Pero no es la informatización en sí misma la que influye en modo determinante sobre el desgaste y la debilidad de los estados que han sido fundamentalmente determinados, en cambio, por la centralización productiva y financiera propiciada por el modelo neo-liberal. Otros dos factores inciden en este panorama: el resurgimiento de identidades regionales (o si se prefiere "subnacionales", volveré más adelante sobre este término) que se contraponen a los estados nacionales y la progresiva construcción de formaciones estatales supranacionales que recortan la autonomía de los estados que las componen: los bancos centrales europeos han visto limitada su libertad de acción con la creación del banco central de la U.E., los gobiernos de los países integrantes de la U.E. no pueden tomar decisiones que se contrapongan a las políticas fijadas por los organismos centrales.

Todo esto configura un panorama que algunos califican como el "nuevo desorden mundial". Para otros (Huntington 1996) el futuro cuadro internacional no estará como en el pasado caracterizado por una contraposición entre estados sino entre culturas (el Mediterráneo, por ejemplo, verá una reedición de la puja entre las culturas cristiana y musulmana); estaríamos yendo hacia una reconstrucción del orden mundial signado por un "choque de civilizaciones" y América Latina, que constituiría actualmente una "cultura" sui generis, podría terminar por transformarse en una de las variantes de la cultura occidental. Otros, en cambio, vislumbran la formación de una cultura cosmopolita que tendería a prevalecer en todas partes (Held 1993).

Las perspectivas futuras que han sido delineadas son tantas, pero ¿en qué medida reflejan la actual situación o son solamente el resultado de elucubraciones teóricas? ¿Es verdad por ejemplo que este tumultuoso y confuso panorama ha producido una desafección de los ciudadanos respecto a sus estados nacionales? ¿O existe en cambio una serie de causas, circunstanciales algunas, profundas otras, que pueden producir, o están produciendo ya, efectos totalmente contrarios?

Es a estos y otros interrogantes a los que trataré de dar respuesta en las páginas que siguen pero no sobre la base de especulaciones teóricas sino de los resultados que emergen de una amplia y prolongada investigación empírica que desarrollo ininterrumpidamente desde hace más de una década y actualmente incluye cuatro países (Italia, Francia, España, y Argentina a los cuales he agregado últimamente Suiza -que hasta que sea objeto de una serie continuada de mediciones reviste por ahora en la investigación sólo el carácter de punto de referencia- y, en forma experimental, Alemania). Y teniendo bien presente que no cabe duda que vivimos un proceso de transición pero se expresa en modo inexacto y superficial quien crea que se trata de algo definitivamente consolidado. En realidad los procesos históricos son multiformes, llenos de matices y no recorren nunca un camino simple o lineal.

No se trata, sea bien claro, de sostener que la "vieja" división en estados es mejor o peor de la "moderna" sociedad globalizada. Se trata simplemente de constatar cuál es hoy la real consistencia de estos procesos en el panorama internacional.

2.2 Formas de identidad

2.2₁ Identidad y comportamientos

Nuestros comportamientos sufren diferentes influencias. *Culturales* (fruto de múltiples socializaciones: familiar, escolar, profesional, religiosa, política, etc., etc.); *psicológicas* (consecuencia del tipo de personalidad psíquica que se ha ido configurando durante nuestra biografía); *materiales* (derivadas de los intereses de cada uno en el momento en que se actúa). Los sociobiólogos consideran que incluso existen en nosotros predisposiciones genéticamente transmitidas. Pero estos elementos materiales, culturales, psíquicos, etc., se conjugan en formas diferentes en función del modo y del contexto en el cual se establece la *interacción* con otros individuos, otros actores sociales. En este cuadro la identidad (que podemos asumir provisoriamente como el modo en el cual el individuo se percibe a sí mismo y como cree que los otros lo perciban) ocupa un papel que no es ni el más importante ni el menos influyente, pero sin duda tiene un efecto no desdeñable sobre los comportamientos humanos. Es en esta óptica, como uno de los elementos que influyen sobre de nuestros comportamientos, que la identidad interesa a nuestro tema.

En los años Cincuenta, Erikson (1950, 1968 y otros trabajos) afirmó que la identidad se había transformado en algo más importante que la sexualidad en la época de Freud y esto le significó ataques furibundos por parte de los freudianos "ortodoxos" que lo consideraron un herético (Freud no usó ni teorizó nunca en sus escritos el fenómeno "identidad"; su concepto de "identificación" no es un sinónimo de identidad) si bien Erikson había ligado los diferentes momentos de formación de la identidad de cada individuo al modo en el cual cada uno lograba superar las etapas clásicas del desarrollo psico-sexual delineadas por el psicoanalista vienés. Sólo en años muy recientes, en los Noventa, la palabra "identidad" pasó a hacer parte del léxico psicoanalítico "oficial". En tanto, los procesos identitarios se habían transformado ya en un capítulo importante de los estudios sociológicos, antropológicos y de psicología social; se ha calculado que no menos de sesenta mil trabajos, entre libros y artículos, contienen en su título la palabra "identidad" asiduamente usada también por escritores y novelistas. Lo que no significa, como es habitual, que por identidad se entienda siempre la misma cosa. Y esto obliga a exponer brevemente con cuales connotaciones será tratada en estas páginas.

2.2₂ Imágenes influyentes

Decía antes que la identidad implica el modo en el cual el individuo se auto-percibe. Es indispensable, para que los datos que expondré más adelante sean comprensibles, que agregue ahora brevemente algunos de los elementos que caracterizan el concepto de identidad que he ido elaborando para esta investigación y que he presentado con mayor extensión en otros trabajos (Barbé 1983a, 1983b, 1984, 1992a, 1998d).

La identidad está compuesta por imágenes (representaciones) que se producen en la psiquis de concretos individuos. Este es un punto importante porque indica el campo analítico en el cual se mueve la identidad: la personalidad psíquica..

Tales imágenes se refieren a diferentes aspectos que conforman, conjuntamente, el fenómeno en su totalidad. Veamos:

La *entidad biológica* de quien se dispone a actuar un concreto comportamiento ("el actor") y que presupone un sentido de continuidad en el tiempo. Ese individuo adulto que hoy (supongamos) se considera un hombre "responsable" y "seguro de sí mismo" se reconoce en la fotografía del chico que era "rebelde" o "tímido". O quien se percibe como un "conservador" reconoce como suyas las vivencias de un pasado en el cual se sentía un "renovador". Se ha operado una transformación pero era "yo" antes (y pensar que "yo" era así) y "yo" ahora. La entidad biológica abarca también otros factores: las características somáticas (el color de la piel), la edad, el sexo, pueden tener una especial trascendencia en determinados contextos histórico-geográficos.

Los *roles*; que no son todos los que el individuo desempeña en la vida cotidiana sino los que el actor vive como propios, como parte de su personalidad. Roles *sexuales* (asumirse como una chica o como un muchacho, que no es lo mismo que sentirse una mujer o un hombre); roles *familiares*; *laborales*; de *estudio*; etc. etc.

Las "adjetivaciones" que el actor se atribuye: simpático o antipático; egoísta o generoso; idealista o "realista"; impulsivo o equilibrado; ansioso o sereno; honesto o des-honesto; seguro o inseguro; inteligente o no, etc.

En qué modo el actor vive como algo que lo connota el hecho de formar parte de un todo más amplio: una *nación*, una *confesión religiosa*, una *etnia*, un *grupo político*, una *colectividad deportiva* (los simpatizantes de ...). Y los roles que corresponden a tales percepciones: el creyente que es practicante de una específica religión, el activista de un partido o de un sindicato, el natural de una nación "que defiende a su país", etc.

La posición social que el individuo se auto-atribuye (de clase media, pobre, no rico pero con una actividad prestigiosa, o con una posición desahogada pero sin prestigio social, etc.).

Las *identidades atribuidas* tienen una especial importancia. Pueden ser consecuencia de una atribución institucional (una ciudadana o un ciudadano pero también "extranjero" con permiso provisorio de residencia) o simplemente del como el actor cree que los otros lo ven (es respetado o no, aceptado o excluido en un grupo o en un contexto más amplio). Las imágenes de él mismo que los otros le mandan al actor (ya analizadas hace décadas por Cooley 1902 y que hoy ocupan un lugar no secundario en el concepto de "reconocimiento" de Taylor 1992) tienen una influencia fundamental en la formación de la identidad.

Las identidades atribuidas, de las cuales acabo de hacer ejemplos deliberadamente relacionados con un concreto actor (diligente o desganado, aceptado o excluido) porque tienen una trascendencia enorme en la vida cotidiana de las personas, incluyen aspectos más vastos, complejos y altamente conflictivos. Es así en sociedades con la presencia de fuertes minorías étnicas o lingüísticas, donde las formas de la interacción entre las personas están altamente condicionadas por la imagen que la mayoría de la población (u otra minoría) tienen del grupo del cual forma parte el individuo. Y aquí puede abrirse paso a un doble proceso identitario. La persona que forma parte de una minoría discriminada puede vivir esa situación como una *capitis diminutio* e incluso justificarla ("identidades negativas" las llamaba Erikson), pero puede también refugiarse en una escapatória individual: "mi grupo no goza de prestigio pero yo soy apreciado porque hago bien mi trabajo". Estos elementos son imprescindibles para analizar hoy las situaciones de conflicto en los países de inmigración, pero lo son también para visualizar el devenir histórico de las relaciones de género y con ello la identidad femenina y masculina en distintas sociedades.

No es sólo por los motivos indicados que los otros (*alter*) ocupan un lugar de primer plano en los fenómenos identitarios. Sino también porque en buena medida la identidad

personal implica una *diferenciación*: soy "yo" porque no soy los otros, una diferenciación que es fruto de un proceso paulatino que inicia ya en los primeros días de la vida del sujeto.

No cabe duda que estas representaciones que he sumariamente descripto cambian con el tiempo (la identidad no es nunca fija o inamovible), tienen una consistencia *pluri-temporal*, incluyen lo que ha sido, lo que es, lo que será o lo que se quisiera que fuera. En más, las representaciones pueden ser, a menudo lo son, contradictorias entre sí, justamente porque esas contradicciones coexisten dentro de cada persona, pero es precisamente esa serie de identidades parciales y yuxtapuestas, que frecuentemente se combaten entre sí, las que configuran *la* identidad total de cada uno, compleja, única e indivisible.

Debe tenerse también en cuenta que las identidades se forman y transforman en un ambiente social, y por ende el conflicto es un elemento constitutivo de las mismas. Piénsese por ejemplo al contenido de los roles familiares. Los derechos y los deberes que componen el rol de "hija" o de "hijo" o el de "madre" y "padre" cambian con el tiempo y son distintos de sociedad a sociedad. Lo mismo puede decirse de los roles de "marido" y "mujer" cuyos contenidos han cambiado profundamente en las últimas décadas, son el fruto de permanentes transacciones y contiendas (las luchas feministas representan un ejemplo evidente).

Como se ve la identidad, tal como la he presentado, es el receptáculo de una serie de predisposiciones del actor pero no lo determinan ni mecánicamente ni necesariamente. Podrán manifestarse en concretos comportamientos en función de las circunstancias, del contexto, de las reacciones del "otro" con quien se interactúa.

2.23 Las identidades colectivas

Ahora bien, las identidades pueden abarcar "representaciones" que son experimentadas también por otros sujetos. Estas representaciones compartidas son el núcleo de las *identidades colectivas*, como las identidades nacionales, religiosas, políticas y tantas otras.

Es imprescindible tener presente que estas identidades son simplemente una parte de la identidad personal de cada individuo, una serie de representaciones propias pero compartidas con otros actores sociales. Cada uno de los cuales puede participar a varias identidades colectivas que no deben ser *cosificadas*, porque no tienen una consistencia autónoma y no son un objeto material, forman parte de la personalidad psíquica de concretos actores sociales.

Es también importante aclarar que las identidades colectivas no corresponden jamás a una serie única de representaciones en todos los sujetos que las comparten. En otras palabras, no tienen siempre los mismos contenidos. Aún en el caso de identidades políticas o religiosas ligadas a organizaciones altamente institucionalizadas, las representaciones no corresponden a sistemas de creencias codificados. Es por eso que sentirse porteño o provinciano, español, francés, italiano o argentino, católico o judío, protestante o musulmán, de izquierdas o de derechas, puede significar cosas muy diferentes para cada uno de los actores que incluyen tales representaciones en su identidad. Por el mismo motivo no es lícito hablar de la identidad mejicana o peruana, alemana o italiana, como si cada una de ellas fuera una cosa homogénea; sería una generalización impropia y cuando por comodidad de exposición se recurre a tales expresiones debe ser claro que se trata de un uso convencional.

Es sobre la base de los elementos que acabo de esquematizar que el amplio estudio comparado internacional ha obtenido resultados importantes en el análisis de las identidades nacionales. Será útil que me detenga un momento sobre la génesis y las características de las mismas antes de hablar de los datos que emergen de la investigación empírica.

2.3 Naciones e identidades

Definir la identidad nacional requiere responder previamente a al menos dos cuestiones: ¿qué son las naciones? y ¿cuál es la génesis de las mismas? Obsérvese que ambos temas no se refieren concretamente a los "estados nacionales" sino a un fenómeno más amplio, a un genérico "espíritu nacional" -cuyos elementos constitutivos varían según los autores- que acomunaría a un grupo (restringido o vasto) de personas, estén o no reunidas en un estado organizado, y lo diferenciaría de otros grupos. La polémica generada alrededor de estos interrogantes se ha agudizado y se ha hecho especialmente áspera en los últimos años. Si se quisiera sintetizar al máximo ese debate se podría trazar una línea divisoria entre quienes consideran que el espíritu nacional ha existido siempre porque es un sentimiento "natural" y quienes afirman, en cambio, que es consecuencia de una construcción, fruto de determinadas circunstancias históricas.

Los primeros son los "primordialistas" [entre ellos: Shils 1957; Geertz 1963; Van Den Berghe 1978, Wilson 1978 y en general toda la escuela sociobiológica; Armstrong 1982; y más recientemente Connor 1994, Kellas 1991, e incluso, aún cuando se presente como un mediador, Smith 1986 y 1991]. Los segundos son los "modernistas" [entre ellos: Gellner 1983; Anderson 1983; Hobsbawm 1983 y 1991; Deutsch 1969, Rokkan 1971 y la escuela de la "*nation building*"; y con ella los clásicos de las teorías funcionalistas del desarrollo político como Almond 1963, 1966, 1980 u Organski 1965].

El esbozo que acabo de hacer, recordando solamente algunos de los trabajos de cada uno, es sin duda muy general: en primer lugar porque muchos autores (como Miller 1995) sustentan tesis intermedias y además porque no todos los que he encuadrado en una misma corriente afirman teorías absolutamente similares.

Entre los primordialistas, por ejemplo, hay notorias diferencias. Para los sociobiólogos como Van Den Berghe el espíritu nacional es un hecho biológico que deriva de la parentela (antepasados comunes) o, como diría Wilson, del etnocentrismo primordial, cuando la especie humana (dos millones de años atrás) hizo de la caza su principal medio de supervivencia y cada grupo trató de defender su propio coto contra los "otros", que pasaron a ser los "enemigos". Un etnocentrismo que sólo podría ser superado en largos espacios temporales y si esto se demuestra beneficioso para la especie. Para Geertz, en cambio, los lazos de sangre o de idioma o los modos de vida prevalecientes en el lugar de origen de un grupo forman parte de "los fundamentos irracionales de la personalidad" que podrán ser "amortiguados" pero *lamentablemente* serán difícilmente superados. Connor (como Smith) cuyos primeros trabajos en los Setenta eran ya entonces una crítica de las teorías de la *nation building*, de frente a acontecimientos dramáticos, como los que han caracterizado la disgregación de Yugoslavia, se complace en vez en recordar que tales hechos comprueban sus previsiones, las uniones asentadas en bases ficticias no podrían subsistir.

También entre los modernistas hay disparidades y sobre todo el objeto de sus estudios no es siempre coincidente. Hobsbawm se ha interesado en demostrar que no existen criterios unánimes para definir la "nación" y que muchas tradiciones presentadas como inmemoriales, entre las cuales las relacionadas con el codificado ceremonial de la monarquía británica, son en realidad recientes o recientísimas y algunas incluso directamente inventadas: la falda escocesa con colores atribuidos a los diversos clanes ha sido en realidad popularizada en épocas relativamente recientes y, por ironía de la historia, no por escoceses sino por un comerciante inglés. Gellner considera que el espíritu nacional no es un sentimiento recóndito y latente que explota en un momento dado, sino una consecuencia del pasaje de la sociedad agraria a la sociedad industrial que necesita ciudadanos con al menos

un cierto nivel mínimo de instrucción que es prolijado y organizado entonces por las estructuras estatales sobre la base de determinadas pautas culturales que se trata de extender, lo que puede dar lugar a la reacción de grupos internos (cuyo común denominador está dado por un territorio o un idioma, o una religión, etc.) que en este proceso se han transformado en marginales y reaccionan abrazándose a sentimientos y símbolos del pasado para reivindicar sus derechos avasallados. Deutsch, como toda la escuela de la *nation building*, confiaba en que los procesos de "modernización" terminarían por superar los "particularismos étnicos" y por producir una asimilación de las minorías produciendo un lenguaje y una cultura comunes, habría sido este el pasaje de "las tribus a la nación", una transformación que en la concepción de Anderson habría sido favorecida, en Europa, por los grandes medios de comunicación de masa, empezando por la difusión de la prensa, que no usaba ya el latín sino las lenguas vernáculas comprendidas por toda la población. Un punto de importancia indudable que es compartido en cambio por muchos "modernistas" estriba en el hecho de que la formación de la nación respondió a grandes mutaciones económicas que se estaban produciendo en el Ochocientos: implicó fundamentalmente, en efecto, la superación de los pequeños mercados locales y regionales para dar paso a un amplio mercado "nacional" en la misma forma en que es éste, actualmente, el primer propósito de las unificaciones supranacionales.

Los clásicos del desarrollo político de los años Sesenta, por su parte, diseñaban una serie de etapas para la edificación de los nuevos sistemas político-sociales, de las cuales la primera consistía en la "construcción del estado" (sus estructuras administrativas) y la segunda en la "construcción de la nación" o sea la construcción subjetiva de los ciudadanos: desde el sentido de formar parte del nuevo sistema socio-político hasta la configuración del ciudadano participante. Y esto en realidad (al menos el intento de lograrlo) se ha producido rigurosamente en todas partes. Cuando J.B. Alberdi fue enviado como embajador de la Confederación Argentina en Europa se asombró que los lígures o los piamonteses no se sintieran italianos y en realidad era así, por muchas décadas han perdurado los regionalismos y los localismos en Italia y en otros países europeos. En el momento de la formación del estado italiano unificado, en 1861, el estadista Massimo D'Azeglio sentenció que había sido hecha Italia pero era necesario construir a los italianos. Por largo tiempo esa tarea quedó inconclusa y algunos sostienen que no haya sido concluida todavía. Analizando el caso del estado nacional por antonomasia, Francia, Eugéne Weber 1976 sostiene que hasta la primera guerra mundial los campesinos y los habitantes de los pequeños centros urbanos no se sentían miembros de la nación francesa. En los actuales *estados hispanoamericanos*, que se independizaron de España en un momento en que en Europa "nación" y "nacionalidad" eran palabras de orden, el problema fue sólo parcialmente diferente. Las lealtades de los criollos se movían en dos sentidos: respecto a la ciudad o la zona en la cual habían nacido y, más allá, respecto al mundo "indiano" constituido por los españoles-americanos. Sólo luego, cuando los virreinos y las gobernaciones coloniales se fueron disgregando durante el proceso independentista, una labor primordial de las élites fue la de crear el sentimiento de fidelidad a los nuevos estados: ser argentino, peruano, uruguayo, mexicano. En *Africa*, donde a partir de 1945 se ha asistido al nacimiento de una gran cantidad de nuevos estados, cuya geografía fue a menudo determinada arbitrariamente por las ex-metrópolis europeas, crear el sentimiento de pertenencia al nuevo sistema ha sido -en gran medida lo es todavía- una faena ciclópea. Aún hoy, en zonas de frontera, muchos no saben a cual estado pertenecen.

Como se ve la "construcción de la nación" tiene en esta perspectiva un sentido limitado, estrictamente ligado al sistema socio-político en formación. Y la primera tarea es la de radicar en cada uno el sentido de pertenecer a un concreto y determinado sistema. Segui-

rán luego otros pasos sucesivos que no se mueven ya en la esfera de la construcción de la nación sino en el de conformación del ciudadano: que el individuo contribuya económicamente al mantenimiento del sistema, empezando por pagar los impuestos, que participe a las estructuras del sistema (asociaciones, partidos políticos, etc.). Se trata de subir una serie de escalones; en la cúspide se encuentra el ciudadano "participante". Es esto, en síntesis, los que Almond llama "cultura política": una serie de actitudes y de orientaciones internas al individuo (cognoscitivas, afectivas) sobre el sistema en su totalidad, sobre sus partes componentes (Parlamento, Ejecutivo, partidos y sindicatos, etc.) e incluso sobre como el concreto sujeto percibe su rol de ciudadano, su posibilidad de incidir en las decisiones del sistema, etc. Obsérvese que esta "cultura política" almondiana no es abstracta, no es algo que el ciudadano "participante", emigrando, se puede llevar bajo el brazo, se refiere a un concreto sistema político (Barbé y Olivieri 1972), está hecha a su medida. En más, esa cultura política está tan ligada al concreto sistema que los parámetros de la misma varían en función de los valores, las reglas, los objetivos, que una mayoría o un determinado sector lo-gran imponer en un preciso momento histórico. En el fondo una cultura política puede ser democrática, pero puede ser también antidemocrática o totalitaria.

Definir la identidad nacional es un tema dificultoso (porque lo es, antes, definir la nación). Y requiere asimismo aclarar la distinción entre identidades "nacionales" e "identidades étnicas". "Etnia" es un concepto confuso y, según quien lo usa, puede referirse a un grupo de personas que comparten vínculos de linaje (reales o presuntos), culturales, lingüísticos e incluso somáticos. Es este último elemento (afinidad somática) el que ha desaparecido, justamente, en el uso que de la palabra etnia hacen hoy la mayor parte de los investigadores especializados. Las características somáticas estarían vinculadas en cambio a otro concepto: la raza. Sino que cuando se trata de indagar sobre las influencias que condicionan los comportamientos sociales (que es la perspectiva en la cual se ubica este trabajo) las supuestas razas carecen de personería. No solamente porque no existen razas puras (la humanidad ha producido y produce constantes cruces entre personas con orígenes y características somáticas diferentes) sino porque inclusive los estudiosos enrolados en la corriente sociobiológica (para los cuales así como existen genes que programan nuestro desarrollo físico existirían genes que influyen nuestros comportamientos), terminan por reconocer, me refiero a los menos intransigentes como Wilson, que salvo algunas diferencias, sobre todo de movilidad física y en los primeros meses de vida, no existen disparidades de comportamiento entre individuos con características somáticas diferentes; las diferencias se producen luego como fruto de aprendizaje, o sea son culturalmente adquiridas, lo que depende del contexto social en el cual el individuo es socializado. Esta aclaración sobre el uso del término *etnia* sirve para entender porque se utiliza la dicción "identidad étnica" para referirse tanto a la minoría protestante orangista en Irlanda, a los catalanes, los vascos o los gallegos, en España, a la minoría canadiense del Quebec que defiende el uso del idioma francés o a la minoría tibetana en China o a los serbios, los croatas o los kosovaros en los Balcanes. Partiendo de estos ingredientes varios estudiosos (entre ellos Smith 1991) sostienen que es sobre la base de la identidad étnica que se modelaron fundamentalmente las naciones en Asia y en Europa oriental. El modelo contrario sería el de la identidad nacional y la nación occidentales. En Occidente la nación fue en cambio forjada sobre la base de principios y factores diferentes. Ante todo la nación tiende a tener un carácter "territorial", se la piensa ligada a un determinado territorio en el cual habitan personas con un sistema de valores y un código de comportamiento compartido, las cuales serían iguales entre sí de frente a tales instrumentos normativos. A estos puntos de partida se han ido añadiendo otros, entre ellos la concepción de la "ciudadanía" y con ella los deberes y los derechos de los ciudadanos. Sino que, por lo menos a mi juicio, la idea de nación puede ser entrelazada

con otras como "solidaridad" y "cooperación" entre los componentes del grupo pero cuando se pretende agregar la "ciudadanía" esto presupone algo muy distinto a la nación: un estado. O sea la nación implica una comunidad de personas y su esencia se encuentra en una identidad colectiva del tipo de las cuales he hablado precedentemente. La esencia del "estado" reside, en cambio, en una serie de instituciones y en una organización política.

Y así como han existido y existen naciones sin estado (el drama del pueblo kurdo es actualmente paradigmático) hay obviamente estados sin nación como lo fue por ejemplo el imperio austro-húngaro. O mejor dicho, la mayor parte de los estados hoy existentes son multiétnicos, conglomeran individuos de varias etnias, pero aspiran siempre a convertirse en "estados-nación" en los cuales coincidan y se yuxtapongan la identidad nacional, el territorio y las estructuras políticas. En este marco las tesis de los "modernistas" adquieren toda su fuerza. Las naciones han sido el fruto de una invención (operada por las élites, o los sectores socioeconómicos o geográficos que en el curso de contrastes internos han logrado imponerse en el proceso de "construcción del estado") y de una constante re-invencción posterior.

Los países de inmigración son en este sentido un ejemplo insustituible (y no es casual que los "primordialistas" tiendan a olvidarlos o a relegarlos en un segundo plano en sus escritos). Los países de inmigración, como Argentina, debieron superar por un lado grandes fracturas internas (los clivajes clásicos teorizados por Rokkan: ciudad-campaña, iglesia-estado, centro-periferia; fracturas típicas del proceso de construcción de los estados, viejos o nuevos, durante el cual ciertas áreas geográficas, sectores sociales o grupos étnicos se transforman en centrales y otros en periféricos). Pero debieron integrar simultáneamente amplios contingentes inmigratorios de diferentes procedencias. Para lograrlo han debido inventarse *puntos de referencia históricos comunes* situados en un espacio temporal elegido arbitrariamente. Aún hoy los apaches, los pielesrojas o los sioux no hacen parte de la historia oficial de los EE.UU. En Argentina se ha discutido -y se discute- también sobre el horizonte temporal: ¿dónde nace la nación? ¿con la Independencia entre 1810 y 1816? ¿o sus orígenes, como algunos pretenden, deben remontarse a la hispanidad colonial? ¿y porqué no antes a la época de los indígenas que los españoles primero y los criollos luego desalojaron de sus tierras?

En el caso argentino, la invención de la identidad nacional y sus características (sus contenidos y los parámetros en torno a las cuales consolidarla) son un tema constante que ocupa la primera prioridad en toda la formación de los estudios sociales en Argentina (Barbé y Olivieri 1990 y 1992). Se trataba, ni más ni menos, que de inventarse un país.

Al mismo tiempo, en los países de inmigración se ve con especial claridad que el verdadero punto de convergencia para la formación de la identidad nacional no está en un eventual pasado común (permanentemente reivindicado por los "primordialistas") que no puede ser "común", sino en el futuro compartido (que obviamente en el momento fundacional es siempre imaginado como magnífico y esplendente). Como he tratado de ilustrar en otros trabajos, no se trata de un sendero vertical dirigido hacia el pasado, sino de un camino horizontal, fundado en la voluntad y la necesidad de compartir varias tradiciones culturales y que apunta al futuro.

Cuando a principios del Novecientos los sectores tradicionales argentinos empezaron a observar con temor el aluvión inmigratorio que ellos mismos habían generado, algunos, como Rojas (1909), proclamaron la necesidad de la "*Restauración nacionalista*" en la esfera educacional y de asimilar a los inmigrantes remontándose al pasado, mientras otros, como Giusti (1910), reaccionaron recordando que la "conciencia nacional" se estaba formando en los hogares de muchos inmigrantes para construir "la Argentina del futuro".

Las identidades nacionales son por lo tanto el producto de una invención permanentemente y perseverantemente alimentada. Y justamente por eso no configuran nunca un sentimiento definitivamente adquirido. Su mantenimiento y reproducción es la consecuencia de innumerables factores (peligros superados en común, logros colectivos) y fundamentalmente de la acción constante de las agencias de socialización. La escuela en primer lugar, una de cuyas funciones es la de socializar *puntos de referencia históricos* (hechos positivos o negativos, que pueden ser objeto de interpretaciones diferentes e incluso opuestas, pero que han tenido una especial importancia en la vida de la comunidad). Los "mitos comunes" o la llamada "memoria histórica colectiva", frecuentemente incluidas entre los elementos de la identidad nacional, son en cambio expresiones ambiguas que desvían de la verdadera índole del fenómeno: los hechos pasan a través de las vivencias personales de cada individuo, si ha sido protagonista del suceso, o llegan hasta él a través de narraciones y recuerdos (familiares, evocaciones directas o indirectas) o por acción de las agencias especializadas de socialización.

Si bien, como se preocupan de subrayar los "primordialistas", casi no existen estados que puedan ser considerados totalmente "estados-nación", en estos últimos, o en los que aspiran a serlo plenamente, todas las estructuras estatales son puestas al servicio de la "creación" de la nación, tratando de que sean homogéneas las características de base de sus ciudadanos. En esta acción los ejércitos de leva han cumplido una función en la socialización de símbolos y puntos de referencia históricos. Pero todas las estructuras del estado están comprometidas en esa tarea. No se trata de algo nuevo. Ya a principios del Ochocientos Auguste Comte, convencido que las religiones tradicionales (que habían sido uno de los vehículos fundamentales en la legitimación del poder "por derecho divino" de las monarquías) se encontraban, en su opinión, en decadencia, porque estaba naciendo la era científica, elaboró un completo calendario que sustituía los festejos tradicionales. Cada día era dedicado a una personalidad: un científico sobresaliente, un inventor, o una figura descolante en los campos más variados. Se trataba de buscar vías alternativas, laicas, para la legitimación del estado-nación. Su calendario no fue nunca aplicado. Pero el esquema de base ha sido reproducido por todos los estados nacionales. Las conmemoraciones son el ejemplo más evidente porque, como ha sostenido acertadamente Gillis 1994 la memoria y la identidad, subrayémoslo nuevamente, no son cosas estables sino "representaciones y construcciones de la realidad", un fenómeno "subjetivo y no objetivo", el propósito es crear en la población la creencia de tener una "historia compartida".

Este proceso de construcción es típico pues de la formación de las identidades nacionales. En años recientes, historiadores argentinos (Chiaramonte 1992, 1997 y otros trabajos) han documentado, en estudios óptimos, que ya avanzado el siglo XIX la argentinidad no existía (los habitantes de la actual Argentina se sentían porteños, o correntinos, o entre-rianos, etc., o a nivel continental, hispanoamericanos). Esto confirma lo que he sostenido hasta aquí, pero es importante tener presente que, si bien en cada caso con características propias, las líneas generales de los procesos a los cuales me refiero no han sido diferentes en la construcción de otros estados nacionales, entre ellos, los estados europeos.

Lo mismo se diga por lo que se refiere a los contenidos que en diversos momentos las élites han tratado de dar a la identidad nacional. Uso también aquí el ejemplo argentino, pero podría utilizar igualmente el italiano o el español. Cientistas políticos (como Escudé 1992, 1998 y otros trabajos) han criticado como se encaró el proceso educacional en Argentina, indicando que en vez de formar ciudadanos adaptos a una sociedad moderna, democrática y orientada al desarrollo científico y tecnológico, el propósito fue el de adoctrinar una *argentinidad* artificial. Y sin duda las referencias posibles son varias. Una, macroscópica, es la reivindicación del mito del gaucho en el momento de la formación del Consejo Nacio-

nal de Educación, con al frente J.M. Ramos Mejía (quien, como otros exponentes de la élite tradicional, no habían ocultado sus temores de frente a los efectos de la inmigración masiva en la sociedad argentina: *Las multitudes argentinas* 1898). La reivindicación del mito del gaucho (sobre la base de una imagen totalmente contraria a la delineada por Sarmiento en *Facundo* 1845) es contradictoria incluso con toda la producción científica de Ramos Mejía, en su momento muy apreciada en Europa (Barbé y Olivieri 1990 y 1992): el gaucho, nómada o semi-nómada, no es para nada el equivalente del *cow-boy* norteamericano. Pero partiendo de este arquetipo inició la "argentinización" del país que, en años posteriores, adquirirá connotaciones decididamente nostálgicas incluso del pasado colonial. No cabe duda, pues, que las críticas que se pueden y se deben hacer a los contenidos con los cuales fue encarrilada la educación en Argentina, sobre todo a partir de los Treinta del Novecientos, son innumerables. Pero el proceso en sí mismo era inevitable y más adelante podremos juzgar, sobre la base de datos empíricos, si logró o no los objetivos que se proponía.

2.3₁ La identidad nacional

De la breve reseña efectuada en este párrafo, y de los puntos indicados en el anterior, surgen los elementos necesarios para exponer el concepto de identidad nacional que será usado en este trabajo. Se trata de una *identidad colectiva que incluye una serie de representaciones, empezando por el sentido de formar parte de una comunidad de individuos que (en el caso de las identidades ligadas a los estados-nación) está asentada en un territorio, políticamente estructurada como estado independiente y cuyos integrantes comparten, en mayor o menor medida y a menudo en modo conflictivo, una serie de puntos de referencia históricos comunes. El contenido que cada uno asigna a ese sentimiento de "formar parte de..." puede variar, como ya indicado, de persona a persona.* Si bien es fundamentalmente la representación de pertenecer a ... (de tener un vínculo con...) que la investigación trata de verificar es necesario hacer algunas aclaraciones complementarias.

En ciertos casos ese sentido identitario incluye una identidad atribuida: el carácter de *ciudadano* y como consecuencia la serie de derechos y deberes que ello implica. Pero aún dejando de lado que el poseso de la ciudadanía jurídica no siempre coincide con las llamadas *ciudadanías social y económica* (Marshall 1973) es imprescindible insistir, una vez más, que la investigación no se ubica en un plano jurídico o genéricamente normativo, sino en un ámbito exclusivamente identitario. Y a este nivel, el hecho de "sentirse un ciudadano del país tal o cual" como parte integrante de la identidad personal del individuo puede revestir significados muy distintos: aludir a características fuertes y decididas o por el contrario señalar que el sujeto se percibe como "solamente un ciudadano" porque posee un pasaporte pero sin que ello implique que se sienta un componente de la comunidad nacional que el documento indica. Es factible, e incluso corriente, tener fuertes vínculos emotivos con una comunidad nacional sin poseer el pasaporte y viceversa no sentirse parte de la misma poseyéndolo. Este tema tiene una importancia crucial cuando se analizan procesos migratorios y el grado de integración de la segunda y la tercera generación en el país receptor.

Es usual que la identidad nacional sea asociada a la necesidad de que existan vínculos de solidaridad entre quienes la experimentan. Y esto, por ciertos aspectos, es exacto. Pero puede conducir a determinadas derivaciones. En páginas de indudable fuerza Freud (1921) sostuvo que quienes pertenecen a una misma confesión religiosa han sido duros e incluso despiadados con quienes no forman parte de la misma porque es el compartido

amor por el propio Dios que los mantiene unidos: quien no adhiere a tal punto de conjunción pone en peligro la unión de la comunidad. Freud afirma que eso explica la ferocidad de las guerras de religión y porque incluso las religiones que se definen como religiones del amor han sido en los siglos pasados crueles con los no creyentes. Si este panorama habría cambiado en épocas modernas no es porque "las costumbres de los hombres" se hayan mitigado sino como consecuencia de un debilitamiento del espíritu religioso. Sin embargo (y agrega esto a principios del Novecientos apenas dos años después de la revolución rusa) en el "campo socialista" los lazos religiosos serán substituidos por vínculos diferentes pero la misma intolerancia se manifestará de frente a los que no solidaricen con sus ideas y lo mismo sucederá en la esfera científica entre los sostenedores de concepciones opuestas si las mismas llegaran a tener importancia para "las masas". De alguna manera las aseveraciones de Freud pueden ser conectadas con cuanto sostiene Seton-Watson (1977): "el nacionalismo se ha convertido en un sucedáneo de la religión", para el nacionalista la nación es un "sustituto de Dios". La solidaridad y la cooperación entre los componentes del grupo, sin las cuales muchos sostienen que la identidad nacional carecería de trascendencia, pueden constituir sin duda una actitud positiva, pero pueden asimismo justificar, indirectamente, los nacionalismos agresivos. Y este es un punto substancial sí, como algunos afirman, no es la existencia de las naciones que ha dado nacimiento a los nacionalismos sino viceversa.

En un ensayo reciente Habermas 1998 alude a la solidaridad con un énfasis muy diferente. Sostiene que lo que él llama "conciencia nacional" ha constituido en los estados nacionales territoriales la base "cultural" necesaria para la "solidaridad cívica" (para usar su ejemplo: la de zonas ricas de un país respecto a las zonas pobres, o las vías para amenguar las diferencias sociales). Y siguiendo la misma línea de pensamiento, destinada a precisar los peligros que la "globalización" entraña para las democracias, recuerda que la autodeterminación democrática tiene necesidad de una "nación de ciudadanos" pero para que los "súbditos" se movilicen políticamente es esencial que la población dispersa sea "culturalmente integrada".

En esta tónica referida a la "ética de la identidad" (Miller 1995) pueden ser encuadradas las recientes tesis de Rusconi 1977 y 1979 sobre el "patriotismo republicano" quien, retomando una famosa categoría de Bellah 1968, postula la necesidad de una "religión civil" que contenga elementos de legitimación e integración de la comunidad política.

Bobbio 1995 defiende la necesidad de un "patriotismo de la constitución" entendiéndose por tal el sistema democrático delineado por la constitución italiana del 1946 que es todo un enunciado de repulsa del fascismo (así como un llamado similar lo hace Habermas desde el país que fue cuna del nazismo). Esta invocación del maestro turinés, para quien la adhesión a los principios republicanos funda la única verdadera identidad, tiene sin duda un profundo significado en un momento en que en varios países europeos proliferan reacciones xenófobas, racistas y antidemocráticas de las cuales hablaré en el capítulo siguiente.

De cualquier forma este punto (la dimensión ética de la identidad) excede nuestra área de análisis porque introduce elementos normativos en el concepto de identidad. No es esa la línea seguida en este trabajo para el cual la identidad nacional no es un sinónimo de identidad cultural. El sentimiento íntimo de formar parte de una comunidad sin adjetivaciones (que puede ser individuado sólo en el ámbito de la personalidad psíquica de los actores sociales) constituye un fundamento inevitable, y es solamente sobre esa base que pueden ser cimentadas las diferentes concepciones "éticas" que he enunciado.

Por supuesto la identidad que he descripto no es un sinónimo de nacionalismo y tanto menos de nacionalismo agresivo, sino simplemente una serie de disposiciones, derivadas del sentido de pertenecer a una comunidad, de elementos latentes que pueden ser canalizados en formas diferentes, cuya presencia la investigación se limita a constatar. Las

eventuales fuentes de tal identidad, que como veremos pueden ser varias y disímiles, podrán ser analizadas en un segundo momento, luego de la comprobación empírica. Por eso, la identidad nacional, en el modo en la cual la he definido, no está enlazada con regímenes políticos contingentes. El ejemplo más contundente es el de los exiliados políticos. Casi siempre su identidad nacional aumenta durante el exilio; es un recurso natural e incluso inconsciente de autoafirmación necesario para enfrentar las dificultades representadas por la necesidad de vivir (y convivir) en un nuevo y diferente contexto social. Una experiencia similar es la del emigrado que puede haber dejado su país de origen porque no comparte los valores dominantes en el mismo en un determinado momento histórico o incluso por ser contrario a aspectos importantes de la cultura dentro de la cual nació. Y sin embargo sigue estando ligado a la nación de procedencia a través de vínculos sutiles pero resistentes que forman parte de su biografía personal (*recuerdos, gustos gastronómicos, etc.*).

Sin duda otras connotaciones podrían ser agregadas al concepto de identidad nacional que he enunciado. Se podría por ejemplo incluir la existencia de un idioma común que tiene habitualmente una importancia de primer plano para la constitución de las identidades colectivas nacionales. Todos los estados nacionales, por otra parte, establecen que uno (o varios) idiomas tienen en su territorio un carácter "oficial". Sin embargo, el caso suizo desmiente esta regla. La investigación que estoy presentando comprueba la presencia de una consistente identidad nacional en Suiza donde hay varios idiomas oficiales. Pero no es fácil en la Suiza alemana comunicarse en francés y mucho menos en italiano. En el Quebec canadiense el uso de una de las lenguas oficiales del Canadá, el inglés, no es un factor de unión sino de desunión. El idioma (los diferentes idiomas o dialectos según el caso) usado por los entrevistados en sus relaciones con los colegas de trabajo, con sus amistades o con sus familiares (distinguiendo entre el idioma que usa en el diálogo con los padres, el cónyuge, los abuelos, los hijos, los hermanos, que en muchos casos no es siempre el mismo) representa una variable significativa (en algunas zonas analizadas por este estudio es incluso fundamental como en Cataluña en España o en la Región Valle de Aosta en Italia). Y esta variable es por eso minuciosamente analizada por la investigación pero no constituye por sí misma una adjetivación obligada de la identidad nacional.

Otro tema que es importante dejar aclarado desde ahora es la distinción entre identidades "nacionales", "regionales", "territoriales" y "nacional-regionales" (o subnacionales). En el léxico de la investigación, las primeras son las identidades ligadas a estados-nación independientes y reconocidos como tales a nivel internacional. Las identidades "regionales" corresponden a zonas geográficas que en pasado pueden haber sido (o no) independientes pero que en nuestros días son una de las partes componentes de un estado-nación y las "localistas" se refieren a un ámbito más restringido: una ciudad, una comarca, una aldea. Un caso de especial interés en este tema es el de España. La enconada polémica generada en torno al artículo 2º de la Constitución democrática española de 1978, disputa cuyos ecos persisten hasta hoy (Bastida 1998, Jáuregui 1997), produce que se presente aquí una primera barrera semántica. Cuando en los diarios españoles se habla de partidos o grupos "nacionalistas" no se hace referencia a un nacionalismo ligado al estado nacional español sino a las "nacionalidades históricas" incluidas en la "nación de naciones" España (Cataluña, País Vasco, Galicia). Se trata de regiones que no revisten en la actualidad el status de estados-nación pero en las cuales -Cataluña es el ejemplo más claro- las estructuras estatales autónomas han hecho sentir toda la fuerza que los estados han tradicionalmente tenido en la formación de las identidades nacionales. Aludiré en estos casos a "identidades nacional-regionales".

Probablemente una última aclaración pueda ayudar a redondear el concepto de identidad que he ido elaborando en varios trabajos anteriores y sobre la base del cual se desarrolla la investigación.

La identidad nacional no es un sinónimo de orgullo nacional, el cual puede ser provocado por hechos o situaciones contingentes de tipos muy diferentes (desde un triunfo deportivo hasta resultados positivos obtenidos por el sistema político-social en el plano económico o internacional o incluso conquistas importantes en el plano científico o artístico). La investigación ha detectado una fervorosa oleada de orgullo nacional en Argentina en el momento en que se produjo el retorno a la vida democrática a partir de fines de 1983. En Italia, un fuerte orgullo nacional se manifestó cuando entró a formar parte del grupo de países más industrializados (G7). Las victorias deportivas se reflejan también en las mediciones efectuadas por la investigación. Si es verdad que el orgullo nacional es contingente, no significa que una ola importante de orgullo nacional o de consenso a las prestaciones (económicas, sociales, simbólicas, etc. de un sistema) no contribuya al fortalecimiento de la identidad nacional. Pero la investigación considera a esta última como un fenómeno sedimentado. En el plano empírico la investigación mide una oleada circunstancial de orgullo nacional a través de la diferencia entre la expresión continuada de los indicadores de identidad nacional usados en este estudio y un incremento temporáneo del valor de tales indicadores provocado por un preciso acontecimiento.

Quizás sea útil insistir todavía sobre un punto. El sostén central del concepto de identidad con el cual se desarrolla la investigación está dado por *representaciones* que se producen en la psiquis de actores sociales. Esta concepción de la identidad es muy diferente a todas las que visualizan a la identidad como un fenómeno "cultural" (cito dos ejemplos latinoamericanos: Imaz 1984 y Larraín 1996, así como he citado antes autores europeos). De igual manera la noción de identidad que he enunciado, así como no puede comprender las que arriba he llamado concepciones éticas, no puede tampoco incluir las que llamaría ideológicas, como la Hernández Arregui 1973 sobre el "ser nacional".

La fuente fundamental para el estudio de la identidad nacional de la que se habla en este trabajo no son por lo tanto textos, ensayos y obras literarias sino los datos que emergen de la concreta investigación empírica.

2.4 La dimensión empírica de los procesos identitarios

¿Se puede constatar empíricamente el espesor de la identidad? (de la cual, como hemos precisado, las eventuales identidades colectivas son uno de los componentes) ¿Es factible establecer la consistencia, las características y los contenidos fundamentales de las identidades colectivas en poblaciones diferentes o en sectores particulares de las mismas?

El problema no es simple si se tiene en cuenta que al menos una parte de nuestra identidad no es, a menudo, plenamente consciente para nosotros mismos. Elementos - individuales o colectivos- pueden incluso surgir en forma inesperada de frente a un hecho imprevisto. De ahí que estudiar los fenómenos identitarios requiera metodologías especiales que para un sociólogo, un politólogo, un psicólogo social o un antropólogo no pueden basarse en un largo y trabajoso análisis psicológico (el cual, por otra parte, no garantiza que se logre realmente individuar aspectos substanciales de la identidad). Una cosa me parece indudable: es necesario captar reacciones espontáneas de los entrevistados, lo que quiere decir rechazar a priori los cuestionarios convencionales basados en preguntas y respuestas, los cuales, por otro lado, pueden ser totalmente inútiles, o casi, aún para efectuar estudios

menos problemáticos, si se recuerda la lección de Pareto (Barbé 1994a): no confiar nunca en lo que los actores dicen de ellos mismos. (Por eso, resulta al menos dudoso que se pretenda indagar sobre fenómenos, si bien menos complejos, como la "cultura política", usando preguntas y respuestas).

Es imprescindible obtener en cambio declaraciones no provocadas. Y esto ha sido advertido sin duda por varios estudiosos pero surge entonces un escollo inmenso para el investigador: los datos que el entrevistado produce comprenden infinitas facetas y por lo tanto "codificarlos", prepararlos para un tratamiento cibernético, imprescindible cuando se trabaja necesariamente con un gran número de casos, significa una tarea intrincada, larga y engorrosa. De ahí que incluso investigadores que teorizan la necesidad de una amplia espontaneidad prefieran finalmente (como Zavalloni 1980) encauzar de alguna manera las declaraciones de las personas interpeladas. La presente investigación opta en cambio por la vía contraria, a pesar de los inconvenientes indicados. Se trata de lograr registrar aserciones, crisis interiores e incluso confesiones que el entrevistado o la entrevistada se hacen a sí mismos, manteniendo permanentemente actualizados los instrumentos de codificación de datos que, dada su complejidad, pueden ser usados solamente por un equipo altamente especializado. Pese a ello la codificación implica siempre que se deslicen interpretaciones subjetivas del codificador, y la única forma de hacer frente a esto es que esa cuota de subjetividad sea una sola: la de quien dirige la investigación en modo que la lectura de todos los casos sea hecha a través de las mismas pautas.

El instrumento ideado para este estudio, al que llamo "test-integrado", incluye un test de auto-percepción (del tipo del usado en su momento por Bugental y Zelen 1950 y por Khun y McPartland 1954 y luego por especialistas de varias disciplinas como Rodríguez Tomé 1979 o Palmonari 1979). Pero esos tests no logran por sí solos instaurar relaciones entre las autopercepciones del actor y comportamientos efectivamente efectuados por él mismo o, lo que es también de gran importancia para la investigación, delinear correlaciones entre las autodefiniciones del actor y aspectos importantes de su proyectualidad. Por eso el test ha sido combinado con una breve serie de demandas y cuestiones y en momentos sucesivos, en función de los nuevos problemas que el estudio se vio precisado a indagar, fueron agregados al test original otros instrumentos de evaluación, entre ellos una escala de tolerancia. Se ha ido configurando así una herramienta extremadamente útil que requiere poco tiempo para la obtención de los datos (no para su codificación y elaboración como ya indicado), y cuya agilidad y simplicidad permite superar el notorio problema de las "equivalencias" (Nowak 1977) sobre todo idiomáticas, cuando, como es el caso de esta investigación, se trata de entrevistar a personas que viven en países diferentes y hablan lenguas diversas, pero a todas las cuales deben ser presentados problemas rigurosamente iguales. Los resultados obtenidos con el *test-integrado* son luego completados en un segundo momento con otras técnicas, entre ellas entrevistas (individuales y colectivas) de casos seleccionados.

Si lograr la mayor espontaneidad posible de parte de los entrevistados es un requisito de especial trascendencia (y por eso cada uno debe estar totalmente seguro que las declaraciones que incluye en la respuesta escrita al test-integrado serán rigurosamente anónimas) un estudio de este tipo requiere imprescindiblemente el uso de la comparación. Así como se puede determinar que un objeto es grande o chico solamente cuando se lo parangona con otro, la comparación es ineludible cuando se trata de estudiar identidades nacionales. No para encontrar por esta vía explicaciones causales (el debate sobre esto ha sido y es intenso entre comparativistas y metodólogos) sino para que la descripción permita evaluar la importancia de los resultados obtenidos en distintos contextos nacionales. Sólo si la descripción es adecuada se podrán luego delinear hipótesis sobre las causas de la diferente manifestación de las identidades nacionales en diversos ámbitos histórico-geográficos.

Dadas las características del test-integrado y el "clima" en el cual debe ser propuesto, que comprende, como acabo de decir, que el entrevistado pueda tener la seguridad que sus declaraciones no serán individualizadas, la unidad de análisis no son individuos como en las habituales investigaciones basadas en muestras estadísticamente construidas, sino un grupo determinado. Y como se ha considerado de primera prioridad el estudio de los jóvenes de los cinco países incluidos en la investigación la unidad de análisis son los estudiantes de un curso universitario o los alumnos de una clase en las escuelas secundarias. La inserción de clases de los primeros años obligatorios del secundario (e incluso, con carácter experimental de escuelas elementales) ha permitido de obtener una muestra representativa de todos los sectores sociales. (En Italia han sido entrevistadas también personas adultas y soldados conscriptos, sin que el panorama identitario que emerge cambie en forma determinante como se verá).

La peculiaridad de la metodología ideada para esta investigación hace que sea oportuno presentar los datos no a través de valores numéricos referidos a cada medición sino estableciendo correlaciones y líneas de tendencia (cuando se recurre a porcentajes para presentar los resultados es sólo para facilitar la comprensión). La trascendencia de los resultados obtenidos deriva del hecho que los tests integrados sean suministrados periódicamente en similares unidades de análisis y que se realicen asimismo mediciones paralelas que puedan ser usadas como punto de referencia. Si esto requiere un esfuerzo notable, en compensación la presente investigación, iniciada a principios de los Ochenta, se ha transformado paulatinamente en un *Observatorio internacional permanente de los fenómenos identitarios*.

No es tampoco lo más indicado pretender analizar en bloque todo un estado-nación (una convicción que tiende a ser compartida por los comparativistas). Es más oportuno profundizar en cada país la situación de áreas limitadas (una región, una ciudad). Se podrá hablar de la manifestación de identidad nacional en el país tal o cual, únicamente cuando múltiples verificaciones obtengan resultados homogéneos en mediciones continuadas.

En ciertas oportunidades resulta altamente provechoso analizar con especial asiduidad y rigor un concreto caso si puede servir a constatar los mecanismos a través de los cuales se construyen, se modifican y se re-inventan las identidades colectivas. (El Valle de Aosta, una región trilingüe del norte de Italia que limita con Francia y Suiza, es en este sentido un laboratorio excepcional que ha sido explorado incesantemente por la investigación y al cual dedicaré una sección más adelante).

Los tests efectuados por el Observatorio son a este punto más de siete mil (se incluyen en nota los lugares en los cuales han sido realizados) y permiten un análisis tanto diacrónico como sincrónico de casi trescientas variables. Los grandes cambios que durante la segunda mitad de los Noventa se han producido en campo identitario, especialmente en Argentina y en Italia, han aconsejado de intensificar la ejecución de nuevos tests no solamente en cursos universitarios sino también en escuelas medias superiores e inferiores en algunas zonas de Italia, de España (Cataluña), de Francia (Delfinado y Saboya elegidas por ser limítrofes con Italia y, sobre todo, con el Valle de Aosta, lo que permite una comparación de zonas homogéneas) y de Argentina (Buenos Aires y Gran Buenos Aires).

Si esta breve introducción metodológica era imprescindible para que el lector pueda apreciar con mayor conocimiento de causa los datos que serán comentados en las páginas siguientes, es necesario agregar también una sucinta presentación de los principales indicadores usados por la investigación para individualizar los distintos tipos de identidades colectivas a las que he aludido más arriba y que serán analizadas en este trabajo (a otros indicadores haré referencia directamente durante la exposición).

Usaré la expresión *roles nacionales* cuando la persona entrevistada siente la necesidad de introducir en el test-integrado, entre las autopercepciones de sí misma, su sentido de pertenecer a... (de estar vinculado con...) una comunidad nacional actualmente organizada en estado-nación. Se puede tratar de una autopercepción neutra (el entrevistado se limita a manifestar su condición de argentino o belga o canadiense) o una proclamación positiva o incluso ambivalente; pero exterioriza que compartir esta o aquella identidad nacional forma parte de su identidad.

Digo en cambio *roles regionales* en los casos en los cuales la persona alude a una comunidad interna de un estado nación que no reviste hoy el carácter de estado independiente (siciliano, santafecino, cordobés, saboyano; pero también genéricamente "provinciano" o "septentrional", una dicción esta última que como la opuesta, "meridional", tiene especial vigencia en Italia). Asimilable a esta categoría, cuya denominación, como todas las otras, es totalmente convencional, es la de quien se proclama "catalán" o "vasco" en España, casos en los cuales, por los motivos ya indicados, hablaré de *roles nacional-regionales*. Una distinción dentro de este grupo será reservada a los "localismos": cuando quien responde a la entrevista subraya su vinculación con una determinada ciudad y no con una entera región, se proclama por ejemplo "sevillano" (o gaditano, etc.) y no andaluz.

Aludiré a *roles territoriales* cuando, para autodefinirse, una persona manifiesta la exigencia de señalar que *vive* en tal ciudad, o en tal localidad, o en tal quebrada o valle, etc., indicando un tipo de vinculación que puede tener significados diferentes en función del contexto en el cual es incluida esta declaración.

Diré en cambio *roles supranacionales* (o *transnacionales*) en los casos en que la persona entrevistada hace referencia a su vínculo con un estado supranacional o con una unión económica de estados que tiende a ir más allá de un mercado común, o cuando se autopresenta genéricamente como un latinoamericano o un europeo, que son las dos autodefiniciones que interesan directamente a esta investigación.

Por supuesto que la expresión de este tipo de roles (como de muchos otros que aparecerán más adelante) no significa que quien los incluye en su test esté obligatoriamente más ligado a su comunidad nacional o regional, etc., que quien no lo hace. La presencia o la ausencia de estas declaraciones es significativa a nivel de la totalidad de los componentes del grupo, lo que permite un cotejo de los datos que surgen de una misma unidad de análisis en diferentes mediciones.

2.5 Identidades nacionales: una confrontación internacional

A este punto vuelvo sobre los interrogantes que he dejado planteados en las páginas anteriores. En primer lugar por lo que se refiere a la consistencia de la expresión de la identidad nacional en los distintos países estudiados y los cambios que se han ido produciendo en cada uno de ellos durante los Noventa. [Los resultados que gradualmente ha producido la investigación han sido presentados en diversos congresos y seminarios internacionales y en una serie de artículos y ensayos, entre ellos: Barbé 1992b, 1996a, 1997a, 1997b, 1999b, 1999e, 1999f, 2000a, 2000d].

Una primera aproximación puede provocar desde el principio algunas sorpresas. Los valores de los indicadores de la identidad nacional obtenidos en Argentina durante los años Ochenta son, en promedio, los más altos (y de lejos) registrados por la investigación comparada desde que fue empezada hasta hoy. Esto obedece a causas estructurales (de las cuales hablaré luego) y también a causas contingentes. ¿Está, entre estas últimas, la persis-

tencia con la cual la dictadura (1976-1983) había recurrido a la "argentinidad" no vacilando en apoderarse, inescrupulosamente, de históricas reivindicaciones del país para ocultar su fracaso? No. Los tests realizados a partir de 1984 demuestran exactamente lo contrario y las declaraciones que contienen -algunas veces dramáticas, otras terminantes: "si hay un nuevo golpe de estado me voy para siempre...", etc.- lo testimonian en modo claro y son el documento de un fuerte estado emocional y de una euforia arrolladora. El retorno a la democracia había producido una oleada muy fuerte de lo que he llamado antes "orgullo nacional" que se trasluce nítidamente en los tests-integrados. Los índices se normalizarán paulatinamente en los años sucesivos pero manteniendo siempre porcentajes elevados.

Las zonas francesas estudiadas por la investigación demuestran una gran estabilidad con una drástica preponderancia de los "roles nacionales" que confirma la solidez de la identidad nacional en Francia e impugna la existencia de crecientes identidades centrífugas regionalistas.

España es sin duda de los cuatro países el que presenta un panorama identitario más variado y complejo. De las tres áreas españolas hasta ahora incluidas en forma estable en la investigación, en Madrid la cantidad de roles nacionales (españoles) es tan sólida o aún superior a la que se verifica en Francia; en Cataluña (una de las "nacionalidades históricas" que tienen reconocimiento constitucional como ya indicado) son los roles "nacional-regionales" los que predominan; en Andalucía la afirmación regionalista se manifiesta en cambio de manera diferente: no es la condición de andaluz la que resulta habitualmente proclamada sino la vinculación emotiva con una cierta ciudad (Sevilla, Granada, Jerez, Cádiz, Córdoba). Hay pues diferencias geográficas significativas. En Madrid, la fuerza de los roles nacionales no es casi contrastada con la expresión de roles regionales o territoriales. En Cataluña, si bien los roles nacional-regionales sobrepasan la presencia de los roles nacionales éstos -en general expresados por inmigrantes internos, o por sus hijos, que han encontrado trabajo en la industrializada Cataluña- no descienden nunca de un porcentaje respetable. Pero hay un punto en común entre estas tres diferentes zonas españolas. Como en todos los lugares donde el conflicto de identidad es algo que se vive diariamente y no puede ser ignorado, la expresión de roles identitarios de cualquier tipo (nacionales, regionales, etc.) aparece en modo recurrente en los tests. Algo parecido, como veremos, sucede en el Valle de Aosta italiano.

Italia, de los cuatro países analizados, es aquél en el cual la investigación detectaba (hasta una inversión de tendencia iniciada a mitad de los Noventa) la menor cantidad de roles nacionales. Se trata de porcentajes decididamente muy reducidos: menos de la mitad de las cifras registradas en Madrid o en Grenoble, alrededor de un tercio de los documentados por los tests argentinos e incluso menos de un cuarto cuando se los compara con los tests realizados en Argentina en los años del *boom democrático* de los Ochenta.

Los tests-integrados dejan un espacio total a la espontaneidad y, como he afirmado antes, se trata de la única vía para estudiar los fenómenos identitarios en profundidad. Pero si se quiere comprobar la validez de los datos que surgen de los tests, por ejemplo poniendo a los entrevistados de frente a la posibilidad de cambiar su nacionalidad, las respuestas confirman plenamente aquellos datos. La disponibilidad para cambiar nacional emerge en modo inversamente proporcional a la manifestación de roles nacionales. Quienes se declaran más disponibles al cambio son los italianos, seguidos a distancia por los españoles, luego los franceses y en último lugar los argentinos. El caso catalán confirma también los datos que provienen de los tests de autopercepción. Entre quienes, en Cataluña, se declaran dispuestos a mudar su nacionalidad, la gran mayoría declara que lo haría para transformarse en un ciudadano catalán o sea para cambiar su nacionalidad española por la catalana.

El panorama que emerge de una primera lectura de los datos comparados es como se ve categórico. En tres de los países analizados nos encontramos con una decidida manifestación de identidades nacionales o nacional-regionales que es en cambio muy débil en Italia. Por supuesto en Italia ha habido altibajos, momentos de caída y ondeadas de orgullo nacional (cuando entró a formar parte del grupo de países más industrializados, o cuando superó el PBI británico, por ejemplo) que han cambiado, transitoriamente pero no en forma substancial, su cuadro identitario hasta mediados de los Noventa, cuando se produce una conversión a la que me referiré más adelante.

Es necesario resaltar que el valor de los indicadores de identidad mutan en función de múltiples variables, desde la edad, el sexo, el sector social y la ideología política del entrevistado/a hasta las grandes decisiones que cada uno ha debido efectuar (o no) en el curso de su vida, sus relaciones afectivas y familiares o asimismo su proyectualidad (Barbé 1997a y 2000d). Se trata de una amplia cantidad de variables que inciden en la expresión de los roles nacionales. Aludo, brevemente, tan sólo a algunas de especial importancia, otras emergerán en las páginas siguientes.

El *sector social* es una de ellas. En los cuatro países estudiados las capas sociales más bajas producen, in línea general, una proporción notable, a menudo mayoritaria de roles nacionales. Pero en la medida en que la identidad nacional se demuestra sedimentada el porcentaje de roles nacionales producidos por cada sector social tiende a ser más uniforme. Es esta una de las diferencias entre el caso italiano, hasta mediados de la década de los Noventa, y los restantes. En Italia, en efecto, era en los estratos más bajos en los que macroscópicamente fructificaban con mayor fuerza los roles nacionales dejando atrás la polémica que, a principios de siglo, se había desarrollado en campo marxista sobre la cuestión nacional. En los tests efectuados en Madrid las clases más altas aparecen sobrerrepresentadas en la expresión de roles nacionales mientras en Cataluña sobresalen los estratos intermedios en la manifestación de roles nacional-regionales. Tanto en Francia como en Argentina los roles nacionales son especialmente fuertes en los sectores menos favorecidos en la escala social pero con una tendencia a la homogeneidad que el caso italiano no presentaba.

Las *simpatías políticas* ocupan también un lugar importante en este escenario. Tradicionalmente el hecho de proclamar la propia identidad nacional ha sido un rasgo típico de las derechas y una connotación habitual de los sectores conservadores. Esto se ha verificado en Italia, como Francia y en España. Pero en estos dos últimos países las izquierdas no vacilan en proclamar su vinculación con la comunidad nacional algo que, en cambio, se producía con menor frecuencia en Italia. Hobsbawm ha sostenido que era en efecto la izquierda italiana la única a no haber resuelto la cuestión nacional. En Argentina, donde por largo tiempo de los simpatizantes radicales y peronistas emergía una similar proporción de roles nacionales eran en cambio, durante los años Ochenta y parte de los Noventa, los votantes de los pequeños partidos de izquierda quienes, proporcionalmente, producían mayor cantidad de roles nacionales lo que se explica si se considera que el "anti-imperialismo" ha sido una de sus banderas principales. En Cataluña, obviamente, los roles nacional-regionales catalanes llegan fundamentalmente de los votantes de los partidos autonomistas ("nacionalistas" como se dice en España): de CiU, Esquerra Republicana y subsidiariamente de Iniciativa por Cataluña y de la versión catalana del partido socialista (PSOE): el partido socialista catalán (PSC) que ha obtenido en las elecciones de fines de 1999 el mayor número de sufragios, no de bancas, en el Parlamento catalán, lo que ha permitido al líder de CiU de seguir al frente de la *Generalitat*. Pero es entre los votantes de *Esquerra Republicana* (Izquierda republicana) un partido cuya incidencia es solamente local, que se registra la mayor proporción de roles nacional-regionales catalanes.

He ya aludido al hecho de que los entrevistados incluyen en los tests-integrados declaraciones sobre las decisiones que han efectuado en el curso de su vida (entre las cuales aparecen a menudo decisiones íntimas sobre las relaciones de pareja, la sexualidad, los conflictos familiares). Entre estas decisiones se encuentra una que he llamado "*compromiso político social*" e incluye no solamente el haber decidido de militar en un partido, o inscribirse a un sindicato o colaborar en una organización de voluntariado, sino también declaraciones del tipo "definir mis opiniones políticas" o "ser coherente con mis ideas". Esta variable, muy frecuente en los tests argentinos de los primeros años del retorno a la democracia y asimismo en los tests italianos (mucho menos en España y en Francia), reviste una particular importancia porque ayuda a comprobar algunos aspectos de la génesis de la identidad nacional. Por un lado, correlaciona la identidad nacional con específicas experiencias, por otro, y esto es fundamental, evidencia que los roles nacionales aparecen con cierta frecuencia vinculados a concretos momentos de socialización. Y las organizaciones de voluntariado, los sindicatos, los partidos, etc., amén de sus funciones típicas son sin duda agencias de socialización que adquieren un especial significado, a los efectos de nuestro tema, cuando vienen a suplir las tareas generalmente desarrolladas por las tradicionales agencias de socialización de la identidad nacional (la escuela, los ejércitos, etc.). Por diferentes motivos esta es la situación italiana.

En los países de inmigración la identidad nacional ha sido y sigue siendo socializada por la escuela y también por otros medios en modo perseverante y sin pausas: basta ver los films y las series televisivas norteamericanas para comprobar la exhibición casi obsesiva de los símbolos nacionales. También en Argentina la escuela ha desempeñado esa tarea; los contenidos con los cuales se lo ha hecho, como he ya dicho, pueden ser motivo de discusión, pero no el proceso de socialización en sí mismo que ha generado el arraigado sentimiento de formar parte de la comunidad nacional que es más fuerte de lo que habitualmente los mismos argentinos piensan, como lo demuestran los datos expuestos.

Para comprobar como la identidad nacional ha sido socializada insistentemente en Francia y en España, y no en Italia, no es necesario recurrir a un análisis del contenido de los textos escolares de los respectivos países, basta ojearlos. Es superfluo demostrar la persistencia de una tradicional vocación imperial que en Francia ha sido rigurosamente mantenida superando las diferencias de los regímenes que se han alternado en el poder. Y algo muy similar sucede en España, que va más allá del actual efecto de auto-afirmación que se difunde en ella a raíz de los éxitos económicos posteriores al franquismo. Los gobernantes españoles (y esto es bien demostrativo) se autopresentan en las grandes ocasiones internacionales como representantes directos o indirectos del ex imperio colonial: las naciones latinoamericanas.

Nada de todo esto sucede en Italia. La Italia de afuera de las fronteras, por ejemplo, la Italia de la emigración, ha sido vista frecuentemente como una culpa del pasado pobre y no como un recurso potencial. A principios del Novecientos y en momentos posteriores, han sido en ciertos casos los mismos italianos "de adentro" los primeros a compartir (o fomentar) algunos de los prejuicios sufridos por el italiano emigrado (Olivieri 1998 y 1999a). Una vez caído el fascismo los sectores democráticos italianos (no solamente las izquierdas) testimoniaron en campos diferentes (la escuela, el modo de encarar las celebraciones nacionales) su repudio de la retórica nacionalista que lo había caracterizado. Es la diferencia de tradiciones históricas que hizo que los sectores democráticos y las izquierdas españolas reaccionaran en modo diferente.

Con el objeto de demostrar que tampoco el ejército italiano socializa elementos inductivos de la identidad nacional, esta investigación (Barbé 1996a) efectuó varios centenares de tests-integrados a soldados conscriptos de tres regimientos: uno ubicado en Sicilia,

otro de la zona de Roma y el tercero en el Alto Adigio (el ex Tirol del Sur, austríaco hasta la primera guerra mundial, donde actualmente el italiano y el alemán son lenguas oficiales y existen incluso escuelas diferenciadas para ambas etnias). Los tests fueron realizados a soldados que ingresaban a los regimientos y a soldados que dejaban los mismos después del servicio militar. Los resultados obtenidos son terminantes. Luego del servicio militar los roles nacionales no aumentan entre los conscriptos italianos sino que incluso disminuyen en la zona fronteriza con Austria. Todo esto no es consecuencia de una escasa organización del ejército italiano ya que se incrementan en vez los que he llamado "roles militares". Influyen en cambio una serie de circunstancias históricas: la segunda guerra mundial perdida en forma catastrófica; el modo calamitoso en el cual se disgregaron las fuerzas armadas italianas cuando, el 8 de septiembre de 1943, el más famoso de los jefes militares italianos de entonces, a cargo del gobierno luego del alejamiento de Mussolini, no osó dar órdenes claras indicando que en virtud del armisticio con los aliados las fuerzas alemanas, que ocupaban parte del territorio italiano, se habían convertido en el nuevo enemigo; las protestas del 1968 que de las Universidades norteamericanas se difundieron en Europa y fueron muy fuertes en Italia. Pero hay una causa más cercana y rotunda: los jóvenes oficiales, los que tienen contacto con la tropa, más que percibirse como oficiales italianos se sienten oficiales de un ejército multinacional. Perciben que su carrera profesional está ligada, por sobre todo, a las misiones efectuadas bajo la bandera de la Unión Europea, o de las Naciones Unidas o de la OTAN, como ha sido en las intervenciones militares en los Balcanes, la más reciente de las cuales en el Kosovo durante el 1999.

Las agencias tradicionales de socialización no han desarrollado en Italia el mismo cometido que en los otros casos estudiados por la investigación.

Es pues por los motivos que acabo de enunciar que son las estructuras *informales* de socialización (que tienen efectos socializantes en todos los contextos geográficos) las que asumen en Italia una especial correlación con la expresión de los roles nacionales.

2.6 Las presiones centrifugas internas: regionalismos y localismos

Como hemos visto una de las amenazas que se ciernen sobre los estados-nación proviene de fuerzas centrífugas internas, del renacimiento de identidades étnicas que fueron subsumidas, acalladas o reprimidas por los estados nacionales. Es imprescindible por lo tanto verificar la densidad *identitaria* de tales fuerzas en las áreas analizadas por la investigación sobre la base de concretas constataciones empíricas.

Al igual que en otras zonas de *Francia* también en Delfinado y Saboya (las comprendidas en el estudio) existen sectores que reivindican la propia especificidad respecto al estado francés e incluso pequeños grupos separatistas que proclaman su afinidad lingüística e histórica con el Valle de Aosta italiano y con el Valais suizo. Los resultados obtenidos por la investigación confirman en cambio la existencia de una fuerte identidad nacional francesa y de una muy débil identidad regional. Cuando algún rol regional aparece en los tests-integrados proviene por lo general de personas llegadas desde otras regiones de Francia que proclaman sus orígenes. El *patois* (el dialecto franco-provenzal que se habla de ambos lados de los Alpes occidentales pero en infinidad de versiones diferentes) no es prácticamente usado ni siquiera en las relaciones familiares. Lo que sí es verificado por los tests es la existencia de localismos, relativamente consistentes, ligados a la ciudad o la aldea de nacimiento del entrevistado, un localismo que no llega a adquirir consistencia regional y

que de cualquier forma tiene dimensiones infinitamente inferiores a la identidad nacional francesa.

Tampoco en *Argentina* los regionalismos y los localismos, que sin duda existen, llegan a asumir una expresión identitaria consistente. Las reivindicaciones étnicas aborígenes tienen hoy más visibilidad que en el pasado y en algunos casos las experiencias de bilingüismo, efectuadas sobre todo en zonas de frontera del Norte del país, han dado a las poblaciones indígenas un sentido de autoafirmación del que antes carecían (Achilli 1997) como lo ponen en evidencia varios estudios antropológicos, pero se trata de núcleos reducidos de población que en los tests no cambian la homogeneidad del sentido identitario nacional.

España es, de los cuatro países analizados, aquél donde los regionalismos y los localismos están difundidos con mayor vigor. Es por demás conocida la fuerza de las reivindicaciones centrífugas en Cataluña, Galicia y el País vasco. En las zonas hasta ahora analizadas por la investigación surge, como ya he indicado, una fuerte identidad nacional (ligada al estado nacional español) en Madrid, y una consistente tensión identitaria en *Cataluña* y en *Andalucía*. En esta última, donde de cualquier forma los roles nacionales son mayoritarios, tienen especial robustez los localismos que a menudo reflejan rivalidades interregionales. Quizás nada pueda ilustrarlas mejor que este tipo de declaración registrada por los tests-integrados efectuados en varias ocasiones en Sevilla ("soy un sevillano que odia a los gaditanos").

Cataluña es sin duda un caso a parte. El nacionalismo catalán tiene raíces seculares. La catalanidad cuenta con profundas tradiciones y el idioma catalán ha producido una sólida literatura. Prohibido durante el franquismo, ha retomado singular empuje cuando se disgregó la dictadura y su uso es considerado por los catalanes como un símbolo de libertad. En las últimas dos décadas la catalanización ha sido conducida a paso redoblado. El gobierno "autonómico" (para usar el neologismo que no figura en el diccionario de la Academia pero está difundido en toda España) ha desarrollado una tarea vertiginosa y tenaz de catalanización cultural y lingüística en la escuela, en la vida pública, en la Universidad: más del ochenta por ciento de las cátedras universitarias son dictadas en catalán (con la consiguiente pérdida progresiva del dominio del castellano, incluso entre los graduados universitarios). Cataluña es una de las zonas más industrializadas de Europa que requiere mano de obra y la política oficial a este respecto (digo la oficial, sobre lo que realmente sucede no solamente en Cataluña sino en toda Europa hablaré en el capítulo siguiente) podría resumirse así: puertas abiertas a los inmigrantes internos y extranjeros si aceptan la catalanización cultural y lingüística.

En Cataluña, como he ya anticipado, prevalecen los roles regionales (o si se prefiere "nacional-regionales") sobre los roles nacionales españoles que en buena parte provienen de inmigrantes internos (andaluces, gallegos, castellanos). Los roles territoriales tienen validez diferente en función de quien los emite. Para algunos (del tipo de "soy un orgulloso habitante de Barcelona", o de Gerona, o de Terragona) refuerzan la catalanidad expresada con roles regionales por la misma persona. Para otros, los hijos de inmigrantes internos sobre todo, sentir la necesidad de auto-presentarse como alguien que "vive en Cataluña" implica el inicio de un proceso de integración. El panorama identitario, como en todas las zonas en las cuales la tensión existe, es siempre consistente y bipolar.

El caso italiano tiene trazos peculiares. Los regionalismos han siempre existido en *Italia*: en Sicilia adonde ha habido en el pasado tentativos separatistas y en las zonas de frontera con Francia y Suiza (Valle de Aosta), con la ex-Yugoslavia (Friuli), con Austria (Tirol del Sur) donde hasta años recientes se han sucedido episodios de violencia por parte de grupos integralistas de lengua alemana. Sin embargo, cuando durante los Noventa se ha

hablado de reivindicaciones regionales a las cuales se atribuyen raíces identitarias, no es a aquellas zonas a las cuales se refieren infinidad de estudios y de crónicas periodísticas. Se refieren en cambio a una rebelión que en ciertos momentos ha tenido visos dramáticos con amenazas de secesión protagonizada por un movimiento ("Lega Nord") que pretende capitalizar el descontento generalizado en zonas del Norte italiano, para denominar a las cuales ha acuñado un término: "Padania". Contrariando lo que en Italia se había transformado en una convicción generalizada, esta investigación constata que la rebelión septentrional carece de bases identitarias. Incluso en uno de los epicentros de la revuelta, el Véneto (Padua, Verona, Venecia y sus zonas de influencia) la expresión de roles regionales aumenta levemente pero en compensación se verifica una expresión, mayoritaria, de roles nacionales que son fruto de una reacción contra las amenazas separatistas. Esto no quiere decir que el malestar no exista, sobre todo en territorios del Noreste italiano que han tenido un acelerado crecimiento basado en las pequeñas y medianas empresas y que hoy se niegan a financiar a las zonas menos ricas del Sur de Italia. Se trata en resumen de una protesta fiscal no de un movimiento identitario. La "Padania" no tiene una lengua común sino dialectos diferentes y la historia de cada una de las regiones que se trata de englobar en esa denominación (Lombardía, Friuli, Véneto, Piamonte, Liguria) son también profundamente diferentes.

Es importante resaltar este hecho porque en el renacimiento de tendencias centrífugas que se ha ido produciendo en Europa confluyen causas diferentes y las económicas son una de ellas.

2.61 Un laboratorio excepcional

La Región Autónoma Valle de Aosta, a la que hecho referencia precedentemente, ha sido y es para la investigación un laboratorio muy útil por sus especiales características geográficas, históricas y lingüísticas e incluso por sus dimensiones reducidas (territorio y población). Constantemente analizada por este estudio, con innumerables mediciones, es indicada para ejemplificar con pocas frases lo que he apenas dicho.

Ubicado en la intersección entre Italia, Francia y Suiza, al pie del Monte Blanco, el Valle es hoy una meta turística muy frecuentada. En la Edad media su población se había enfeudado a los duques de Saboya (futuros fundadores de la Italia unificada) obteniendo varios privilegios, entre los cuales el que no fueran aplicados nuevos tributos sin la aprobación de una asamblea local. Desde el siglo XVI el francés fue establecido como idioma oficial si bien la lengua hablada por el pueblo ha sido siempre el *patois* alpino franco-provenzal. Cuando se produce la Unidad de Italia, a mitad del Ochocientos, se trató de imponer al Valle limitaciones en el uso del francés y también en otros aspectos. El fascismo prohibió directamente el empleo del francés e italianizó los nombres de los pueblos, de las ciudades, de las calles. A la caída del fascismo, el Valle logró obtener una relativa autonomía -que corresponde en Italia a las regiones con "estatuto especial"- y también el reconocimiento del bilingüismo y precisas ventajas económicas: una parte fundamental de los impuestos quedan directamente en el Valle, el combustible tiene un precio muy reducido respecto al resto de Italia.

Pero en realidad el Valle se ha ido progresivamente italianizando desde hace más de un siglo con la llegada de inmigrantes del lindante Piamonte primero y del sur de Italia, luego.

El partido de mayoría relativa en el Parlamento regional (Union Valdôtaine) se ha siempre presentado como el defensor de las tradiciones valdostanas, el diario partidario está

escrito en francés y reivindica asimismo el uso del *patois* si bien, en realidad, es el italiano la lengua más usada por la clase política del Valle incluidos los representantes del citado partido autonomista. Y es que gran parte de la economía valdostana, la industria turística en primer lugar, está en manos de italianos no nacidos en el Valle. La italianización en efecto se ha profundizado, los valdostanos de varias generaciones constituyen una minoría y si bien la distinción entre valdostanos "auténticos", valdostanos de primera generación y no valdostanos ha estado siempre presente, no ha habido por varias décadas episodios de intolerancia en la Región. Algunos estudios inclusive han pintado a los valdostanos tradicionales como una minoría sojuzgada que en cambio, en años más cercanos, ha visto cambiar su status como consecuencia de una revalorización de la propiedad inmobiliaria y no vive ya el uso del *patois* como el residuo de una cultura de pastores montañeses sino como un verdadero símbolo de status que la distingue de los inmigrantes de varias procedencias.

Hoy el partido regionalista nutre tres temores: a) que el soñado federalismo europeo, edificado sobre la base de regiones autónomas y no de estados nacionales, no sea en realidad el sistema que se insinúa en la U.E. (véase el capítulo IV), con la consecuencia que en la construcción de Europa las pequeñas culturas sean ignoradas; b) que otras fuerzas políticas como la citada "Lega Nord" lo substituya en el reclamo de mayor autonomía; c) y, sobre todo, que si concretara una reforma federal del estado italiano el Valle pueda terminar por perder las ventajas económicas que había conquistado, de las cuales no gozan la mayoría de las Regiones italianas.

La investigación (Barbé 1997b y 2000a), iniciada en el Valle a principios de los Noventa luego de una larga fase de preparación, ha comprobado que el uso del francés es en la actualidad prácticamente inexistente; que el *patois* es solamente usado entre algunos componentes de las familias en las cuales los padres y al menos uno de los abuelos son valdostanos de origen y que en el curso de las entrevistas una proporción de alrededor del 80% de la población se declara italiana. Si el estudio que realizó fuera efectuado con instrumentos tradicionales de obtención de datos (preguntas y respuestas) los resultados terminarían allí. En cambio, los tests-integrados demuestran que los roles regionales afloran en porcentajes no escasos y que provienen no solamente de personas con más de una generación de valdostanidad sino asimismo de una parte de los que habiendo nacido en el Valle no tienen padres valdostanos e incluso de personas que ni siquiera han nacido en el Valle (y también aquí los roles territoriales son un termómetro del deseo de integración). Unos y otros se sienten valdostanos pero con contenidos diferentes. Los que he denominado "nuevos valdostanos" se oponen al estudio obligatorio del francés, reclaman su derecho a ser considerados también ellos valdostanos o mejor aún italianos-valdostanos sin postular por ello una italianización a ultranza.

Los "viejos valdostanos" han reaccionado en varias direcciones. En el aspecto lingüístico siguen con especial atención el ejemplo catalán y han lanzado la llamada "*operation coherence*" (piden que se conteste al teléfono en francés y que se den nombres franceses a los hijos), nadie puede ser funcionario de la Región sin haber aprobado un examen de francés y se han organizado asimismo cursos de *patois*. En el plano simbólico se construyen monumentos a los salasos, que habrían habitado el Valle en época pre-romana y serían los antepasados míticos de los actuales valdostanos. Las identidades, lo confirma este ejemplo (pero la situación abarca todas las identidades colectivas nacionales), son el fruto de una "invención" y de una constante re-invención.

La contraposición latente se ha acentuado en el Valle de Aosta provocando un clima conflictivo que no se veía en la zona desde hace décadas.

Los procesos identitarios pueden ser originados por una intrincada confluencia de causas, entre ellas políticas y económicas.

2.7 ¿Se sienten europeos los europeos? ¿Y los habitantes del Mercosur?

Entre los motivos de la progresiva fragilidad de los estados nacionales, se encuentra, como ya he indicado, la construcción de formaciones estatales supranacionales que recortan su autonomía. El problema está en saber hasta que punto todo ello se refleja actualmente a nivel identitario.

No cabe duda que en Italia, Francia y España, mucho ha cambiado a este respecto en los años Ochenta y Noventa. La conversión europeísta de una parte substancial de las izquierdas de los tres países, advenida en momentos diferentes, ha producido un vuelco fundamental (parece lejana la conflictiva adhesión de España a la Comunidad Económica Europea en los Ochenta a la cual los otros dos países pertenecían desde la firma del Tratado de Roma de 1956). Es indudable asimismo que la creación de la moneda única, el euro, la creciente importancia de los organismos centralizados en Bruselas, sobre todo en el plano económico, y el ensanchamiento hacia el este de la U.E., acentuarán en futuro esta europeización de Europa que actualmente no está ya simplemente reducida a círculos políticos o intelectuales. Sin embargo, la construcción política de Europa se va produciendo con evidente retardo. Empezando por la necesidad de edificar una ciudadanía europea que por ahora no va más allá de la mera yuxtaposición de la ciudadanía de los estados nacionales que la componen (no existe todavía una Constitución europea y ni siquiera una definición de los derechos y deberes de los ciudadanos de la U.E.). En más, una cosa son las reiteradas declaraciones oficiales europeístas y otra, muy distinta, inventar y cimentar una identidad común profunda entre pueblos que hablan idiomas diferentes, tienen tradiciones diversas y una larga historia de enfrentamientos recíprocos.

Por eso no es antojadizo preguntarse hasta que punto los europeos se sienten parte del nuevo estado supranacional Unión Europea. No es casual que la publicación estadística de la Comisión Europea, el Eurobarómetro, asigne a esta tema una importancia fundamental publicando en cada uno de sus números los resultados de sus sondeos efectuados dos veces por año en todos los países que componen actualmente la Unión. Se trata de sondeos efectuados con técnicas tradicionales, elaborados con métodos también convencionales y, según se declara, los datos provienen de muestras representativas de la población mayor de quince años siguiendo las normas de la *European Society for Opinion and Marketing Research*. Los últimos datos disponibles en el momento en el que escribo, publicados en julio de 1999, se refieren al "apego" que los entrevistados experimentan respecto a su país, su ciudad o aldea, su región y finalmente hacia Europa. Las cifras, expresadas con la jerga típica de estos sondeos, son las siguientes: "muy apegados o más bien apegados" a su país 89%; a su ciudad o aldea 87%; a su región 86%; a Europa 56% (guarismos de los cuales la publicación excluye las personas que no responden a manifiestan simplemente que "no saben" qué responder). Viceversa, al menos el 40% de los entrevistados no se sienten "muy" a "más bien" apegados a Europa. De los países estudiados por nuestra investigación, en España sería (según este sondeo y no en cambio en uno precedente) particularmente fuerte el sentimiento europeísta (68%), seguida de cerca por Italia (65%) y a gran distancia por Francia (53%). Los países menos europeizados, como es bien conocido, serían Inglaterra y Grecia donde la mayoría de la población (57%) proclama de "no estar muy apegada" o "para nada apegada" a Europa. El número anterior del Eurobarómetro (publicado en marzo de 1999) se aventuraba en un tema más complejo. Se habla aquí de "identidad europea" (si bien no se precisa que se entiende por "identidad" ni como ha sido medida). Los datos globales distinguen entre quienes se sienten "únicamente europeos" (solamente el 4%), quienes

declaran su doble vínculo con el país de origen y con Europa, quienes se expresan en el mismo sentido pero anteponiendo Europa al país de origen y quienes manifiestan un sentimiento de ligazón solamente con el país de origen (43%) (que por supuesto en Inglaterra llega al 62%). El sentirse europeo es algo que disminuye entre las personas de mayor edad (sobre todo en las nacidas antes de la firma del Tratado de Roma) y aumenta en función de la escolaridad alcanzada.

Los porcentajes que emergen de mi investigación son infinitamente inferiores a los del Eurobarómetro. Lo que no es extraño dado que, como el lector sabe, mis datos provienen de declaraciones espontáneas, no provocadas y se puede eventualmente sentirse más o menos europeo y no percibirlo como una parte importante de la propia personalidad o no haberlo adentrado en sus autopercepciones. Esos datos coinciden sin embargo en algunos puntos con los míos. La identidad europea se halla todavía en proceso de formación, está muy lejos de ser sedimentada e influye calmamente sobre ella la acción de las agencias de socialización.

Los datos sobre los "roles supranacionales" producidos por los tests-integrados demuestran una escasa consistencia de la identidad transnacional ligada a la U.E. en todos los países estudiados con una sola excepción: Cataluña, que cuadriplica los valores obtenidos en las restantes zonas estudiadas por la investigación. Y el motivo es simple: los autonomistas catalanes (o al menos una parte de ellos) preferirían que Cataluña fuera una región autónoma de una "Europa de las regiones" y no de España. Esto (trasladado a otras regiones autónomas españolas) explica un dato sorprendente que el Eurobarómetro se limita a constatar sin comentarios, según el cual la identidad europea sería más fuerte en España que en Francia o en Italia.

En Argentina, la identidad supranacional es por demás débil todavía, a pesar de que se multipliquen los simposios y las conferencias sobre la incidencia "cultural" del Mercosur. Es comprensible que tarde en provocarse un reflejo identitario pese a que el pasaporte argentino esté encabezado por la dicción Mercosur. Los datos empíricos ofrecen algunos indicios sobre la posible incubación de una identidad colectiva latente -"latinoamericano" o "sudamericano"- que puede resultar un terreno fértil para la futura, lenta, formación de identidades ligadas al eventual estado supranacional cuando se concrete, dado que no existe todavía.

Los datos que acabo de presentar demuestran claramente que si estamos yendo hacia la formación de grandes bloques ello no se refleja aún a nivel identitario. Hay un motivo directo para que así sea: las uniones entre estados tienen por ahora un carácter fundamentalmente económico, incluso en el caso de la U.E. que se ha dado, es verdad, algunas instituciones políticas, pero, repito, son todavía endebles porque todo el énfasis ha sido puesto en los temas económico-financieros.

Para explicar todo esto, existe asimismo una causa más profunda: la falta de un *alter* con el cual confrontarse y del cual diferenciarse como está en la lógica de los procesos identitarios. Si Europa no cuenta con un *alter* preciso y determinado desde la desaparición del muro de Berlín (la confrontación con los países de la otra orilla del Mediterráneo, como previsto por la nueva programación de la OTAN, significa cotejarse con un *alter* demasiado poco consistente) ¿cuál sería ese *alter* para los países latinoamericanos en una época de "relaciones carnales" con los EE.UU. y cuando se recelan entre ellos si alguno pretende lograr el status de aliado privilegiado extra OTAN?

Estas afirmaciones no se mueven en un plano normativo (el deber ser o lo que se quisiera que fuera) son sólo comprobaciones derivadas de la esencia de los procesos identitarios.

En este panorama transnacional es necesario constatar un hecho curioso. Suiza se ha negado a formar parte de la U.E. pretendiendo continuar su tradicional política de espectador "neutral". Los tests-integrados efectuados en Suiza comprueban que los roles nacionales son consistentes y a ello se agrega que un tercio de la población es extranjera y reivindica en los tests su propio origen. Pese a la consistencia de la identidad nacional en Suiza, en un cierto número casos los entrevistados manifiestan que cambiarían su actual nacionalidad. ¿Por cuál? "Por otra cualquiera de un país de la U.E."

2.8 Cambios significativos en el último lustro del siglo XX

En los últimos cinco años del siglo XX la situación identitaria que he descrito se ha mantenido estable en Francia. Se ha verificado un creciente aumento de los roles nacional-regionales en Cataluña, se han producido algunos cambios en Argentina y, sobre todo, en Italia.

En Argentina la masiva expresión de roles nacionales que caracterizó los primeros años de la transición democrática fue luego paulatinamente declinando. Con el correr de la década del Noventa, aún manteniendo un nivel alto, se registra una disminución de roles nacionales que resulta evidente cuando la comparación se concentra en las mismas unidades de análisis.

En otros trabajos he delineado una hipótesis que era consecuencia de un dato al que hasta aquí no me he referido. Por mucho tiempo, en forma terminante en Italia y más esfumada en Argentina, las mujeres tendían a proclamar en menor medida que los hombres su vinculación con la comunidad nacional a través de la expresión de roles nacionales. En compensación, eran las mujeres las que se demostraban menos propensas a un eventual cambio de nacionalidad. Algo que podía ser explicado con el hecho de que en épocas de "estado protector" los sujetos sociales más débiles, entre ellos las mujeres, veían en el estado una garantía de los derechos (no solamente políticos) que, probablemente en modo más simbólico que real, habían con esfuerzo conquistado. Esto permitía preguntarse si el progresivo desmantelamiento del "estado social" que se iba produciendo en los países que han adoptado políticas económicas neo-liberales -no solamente en Argentina pero en modo más drástico en Argentina que en los otros casos estudiados por la investigación- habría provocado a la larga una disminución de los vínculos identitarios con el estado-nación, con la coraza protectora de las instituciones. Un hecho que habría afectado a todos, por supuesto, no sólo a las mujeres. O sea ¿a menor cantidad de estado asistencial habría correspondido una más débil identidad nacional?

En las entrevistas efectuadas en Argentina a mediados de los Noventa, por primera vez en la investigación eran las mujeres las que se declaraban más propensas a un eventual cambio de nacionalidad y esto coincidía con el descenso en los valores de los indicadores de la identidad nacional al que he hecho referencia. Simultáneamente se insinuó otra variación significativa en el plano de la estratificación social de los roles nacionales. La homogeneidad, que como he dicho era una característica del caso argentino, tendió a desdibujarse. Los roles nacionales propendían a polarizarse entre los sectores sociales más bajos, que aparecían nítidamente sobrerrepresentados, y los estratos altos; disminuían sobre todo en las clases medias, las más afectadas, en términos relativos, por las políticas de ajuste económico aplicadas. Estos cambios ¿reflejaban también la desnacionalización acelerada de la economía argentina y la drástica transformación de la política internacional durante los Noventa? ¿y traslucían asimismo la veloz mutación de comportamientos que trataban de tomar

como modelo costumbres y preferencias típicamente norteamericanas como nunca se había producido hasta entonces en Argentina?

El hecho es que en los tests efectuados cuando el siglo estaba terminando, en los meses anteriores a las elecciones de octubre de 1999, la curva representativa de la expresión de los roles nacionales propendía en cambio a aumentar y, en algunas mediciones efectuadas en las unidades de análisis tomadas como punto de referencia constante por la investigación, ese aumento era incluso importante. ¿Se trataba de una reacción contra los cambios que los Noventa habían introducido en la sociedad argentina? ¿De las desilusiones que la crisis brasileña había suscitado provocando incluso un enfrentamiento económico con el más importante socio de Argentina en el Mercosur? ¿O implicaba algo más, una reacción contra los aspectos negativos de la globalización financiera neo-liberal?

No se puede dar a estos interrogantes respuestas terminantes. Solamente el devenir de los procesos identitarios en acto en Argentina podrá dar una contestación definitiva.

Italia, de los cuatro casos estudiados, es aquel en el cual, como hemos visto, se verificaban los más bajos índices de identidad nacional. Y es precisamente en Italia donde la investigación ha constatado las más contundentes novedades en la segunda mitad de la última década del siglo XX. Que la identidad nacional fuera débil en Italia es un tema que ha sido discutido en el pasado por la historiografía italiana y los datos que surgían de mi investigación confirmaron por mucho tiempo tal debilidad. Al iniciar la década de los Noventa se había generalizado en Italia un debate sobre el tema, que aún prosigue, con la participación de estudiosos de varias disciplinas, los cuales difieren sobre las causas que habrían provocado la fragilidad de la identidad nacional en Italia, no sobre el diagnóstico de fondo. Sino que a mitad de los Noventa mi investigación verificó en cambio una decidida inversión de tendencia: emergía de los tests-integrados un verdadero boom de roles nacionales. Se ha tratado de transformaciones significativas no solamente por lo que se refiere al valor de los indicadores de la identidad nacional, que tendencialmente se han duplicado, sino también por lo que hace a quienes emiten roles nacionales: los entrevistados más jóvenes que evidencian simultáneamente grandes diferencias respecto a sus antecesores. Por lo que se refiere a la proyectualidad no hablan, como es habitual en sus contemporáneos, de decisiones íntimas o de conflictos familiares o de problemas de pareja sino de matrimonio e hijos. A nivel de estratificación social la emisión de roles nacionales es más homogénea que en el pasado, toca a todos los sectores sociales. Los que llamo *roles religiosos* (cuando el individuo expresa su adhesión -o su alejamiento- de una confesión religiosa, cuando los problemas religiosos ocupan un lugar importante de su identidad personal, una categoría de roles que ha sido siempre más frecuente en los tests realizados en Italia que en los otros tres países), no aumentan en la totalidad del grupo estudiado pero acompañan con mayor asiduidad a los roles nacionales. Y sobre todo otra variable adquiere una importancia notable: la que denomino "*ideal del yo*", esto es cuando el entrevistado incluye en el test afirmaciones favorables a ciertos valores que considera positivos y dice de defender, o se manifiesta contrario a valores que juzga negativos y sostiene de enfrentar ("creo en...", "soy contrario a..."), afirmaciones muy habituales entre los jóvenes. Y bien, esta variable, si bien con menor continuidad que en los Ochenta y la primera parte de los Noventa, sigue estando presente en los tests italianos, pero entre quienes expresan roles nacionales disminuye en forma tan perentoria que en múltiples mediciones desaparece, su valor se transforma directamente en cero.

Para juzgar adecuadamente los datos que acabo de indicar no es superfluo que haga un breve paréntesis comparativo. Los entrevistados italianos (que dicho sea de paso son los que evidencian el mayor índice de "familismo": o sea siguen viviendo por más tiempo en la casa de los padres respecto a sus coetáneos franceses, españoles o argentinos)

son también los que expresan la mayor cantidad de "roles familiares" si bien se trata de un porcentaje prácticamente similar al de los entrevistados argentinos. En ambos casos, esa ligazón con el grupo familiar aumenta entre quienes incluyen roles nacionales en los tests-integrados cualquiera sea su edad. Por lo que se refiere a los roles religiosos los coeficientes más bajos se registran en España y en Francia y los más altos en Italia y Argentina y en estos dos últimos países la expresión de roles religiosos crece (con mayor fuerza en Italia) entre quienes manifiestan roles nacionales. Los roles religiosos adquieren un significado especial en las dos zonas con acentuadas tendencias autonomistas: el Valle de Aosta y Cataluña. En el primero se incrementan entre quienes manifiestan tanto roles nacionales como roles regionales. En Cataluña los roles religiosos se refuerzan fundamentalmente entre los que proclaman roles regionales (simultáneamente aumentan los roles familiares). El *ideal del yo*, que tradicionalmente ha acompañado a los roles nacionales tanto en Francia como en Argentina e Italia, disminuyen ahora drásticamente entre los entrevistados italianos que emiten roles nacionales. Es en este cuadro comparativo que la brusca caída del ideal del yo adquiere una especial significación en el caso italiano.

Hay varias explicaciones posibles sobre lo que ha ocurrido en Italia en la esfera identitaria a partir de la mitad de los Noventa. Una oleada de orgullo nacional se había difundido como consecuencia de la tenaz lucha a la corrupción llevada adelante por parte de la magistratura que provocó un desmantelamiento de la vieja clase política (la operación "manos limpias" cuyos efectos se han ido diluyendo posteriormente como consecuencia de una capilar acción propagandística de los acusados, desarrollada con ingentes medios económicos, destinada a desprestigiar a los magistrados para licuar las consecuencias de su condena jurídica o moral). Otra de las causas podía ser hallada en el crecimiento electoral de las derechas en cuyo léxico tradicional abundan las manifestaciones retóricas sobre la patria y la nación. Sin embargo, la investigación comprobó que el aumento del valor de los indicadores de la identidad nacional se registraba en igual medida tanto entre los votantes de la derecha y del centro derecha como entre los simpatizantes de la izquierda y del centro izquierda. Se ha producido lo que en otros trabajos he calificado como una nacionalización de la izquierda italiana (su mayor partido, el Democrático de Izquierda, cerró por primera vez en 1998 la habitual fiesta-congreso anual con los acordes del himno italiano y no de la Internacional). A todo ello debe agregarse la ya mencionada reacción de muchos contra la veleidad de las amenazas separatistas.

La disminución macroscópica del "ideal del yo" entre quienes manifiestan roles nacionales, la total -o casi total- ausencia de expresiones referidas a valores de cualquier tipo, parece indicar que en momentos signados por infinitas incertidumbres (económicas, ocupacionales, ecológicas) al menos una parte de los entrevistados trata de exorcizar la falta de certezas aferrándose al sujeto colectivo: la comunidad nacional. Y el viejo estado nacional, jaqueado y limitado en sus funciones, aparece a sus ojos -en modo consciente o inconsciente- como un refugio necesario.

Si son varios pues los factores que explican este aumento de roles nacionales hay uno que ha venido a ocupar un lugar privilegiado: el propósito de diferenciarse de los inmigrantes extranjeros. Proclamarse italiano implica tomar distancia del "diferente" con una serie de consecuencias en los planos político, económico y social. Esto ha sido confirmado por una serie continuada de tests-integrados en los cuales fue incluida una especial escala de tolerancia: quienes expresan roles nacionales declaran simultáneamente una mayor aprensión por la presencia de los inmigrantes extranjeros. Una aprensión o un rechazo rotundos que se verifica fundamentalmente entre los votantes de las fuerzas de derecha pero que, si bien en medida mucho menor, abarca también a votantes del centro izquierda y de la izquierda.

Las identidades se configuran de frente a (o con relación a) un *alter* como he indicado. Y en este caso una identidad nacional que se mostraba débil parece haberlo encontrado. Con la diferencia que es un *alter* que habita dentro de las propias fronteras. Un fantasma que deambula por toda Europa provocando una oleada de, racismo, discriminaciones y violencia.. Pero los efectos de su presencia no se verifican solamente en Europa, como se verá en el capítulo siguiente.

Nota

Los tests-integrados han sido efectuados en las localidades e Institutos que se indican a continuación. En Italia: Universidad de Turín (todos los años desde 1982 hasta hoy); Politécnico de Turín (1991); Universidad de Milán (1993 y 1996); sede descentralizada de Cuneo de la Universidad de Turín (1995 y 1997); Universidad de Padua (1995); Universidad de Génova (1996); Universidad de Palermo (1996); sede descentralizada de Aosta del Politécnico de Turín (1996); sede descentralizada de Aosta de la Universidad de Turín (1997); Universidad de Lecce (1998); Universidad de Siena (1998); Universidad de la tercera edad (Unitre de Turín, 1995). En España: en diferentes cursos de la Universidad Autónoma de Madrid (1992); Universidad Central de Barcelona (1993 y 1995); Universidad Autónoma de Barcelona (1998); Instituto Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid (1998); Universidad de Sevilla (1995, 1997 y 1998); Universidad de Gerona (1998). En Francia: Universidad de Ciencias Sociales de Grenoble (1991 y 1998). En Argentina: Universidad de Buenos Aires (1984, 1987, 1992, 1993, 1996, 1997 y 1999), Universidad de Tucumán (1987), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1984); Universidad de Córdoba (1986 y 1987); Universidad de Rosario (1996 y 1999); Universidad T. Di Tella (1996); Universidad de La Plata (1997 y 1999), Universidad de Quilmes (1999), Escuela de Profesorado de Rosario (1999). En Suiza: Universidad de Losana (1997). Otros tests-integrados han sido efectuados en treinta y cinco institutos de enseñanza media italianos (en Piamonte, Valle de Aosta, Friuli, Campania y Emilia), en institutos de enseñanza media franceses, del Delfinado y de Saboya, en institutos de enseñanza media de Cataluña y en escuelas medias argentinas (de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires). Con carácter experimental han sido realizados recientemente tests en escuelas elementales italianas. Los tests-integrados han sido también efectuados a quinientos soldados conscriptos de tres regimientos del ejército italiano.

III

Racismo, xenofobia e interacciones etnocéntricas: la antiglobalización

3.1 Flagrantes contradicciones

En un mundo que se presume en proceso de globalización, donde se piensa que la información el comercio y hasta el mercado de trabajo deberán encontrar un campo propicio en Internet (aún cuando por ahora tiene acceso a la "red" sólo una parte muy reducida de la población mundial) una contradicción salta a la vista: nunca como hoy ha existido mayor libertad en la circulación de los capitales (globalización financiera) pero al mismo tiempo pocas veces como hoy se han alzado tantos obstáculos a la libre circulación de las personas. Entre la llamada "economía global" y las normativas migratorias crecientemente restrictivas de los estados nacionales el contraste es por demás claro e irrefutable (Sassen 1996 y otros autores).

Esto se va haciendo cada vez más evidente en distintos lugares del planeta. Es un verdadero símbolo el muro metálico construido, con residuos bélicos de la guerra del Golfo, entre Tijuana y San Diego, en la frontera de los Estados Unidos con México. .

Europa, por su parte, se percibe como una fortaleza sitiada por inmigrantes extranjeros famélicos, ignorantes y peligrosos. Esta imagen refleja no sólo un sentimiento difundido en gran parte de la población europea, sino también la visión oficial corroborada por una serie de Tratados firmados por los países de la U. E. (Schengen, Maastricht, Amsterdam, que contienen severas medidas de control para limitar la inmigración) pero es totalmente falsa.

Es falsa por varios motivos. En primer lugar porque los migrantes que intentan de entrar clandestinamente en Europa deben pagar cifras enormes (con relación a sus ingresos) a traficantes sin escrúpulos o a guardias de frontera deshonestos, y por lo tanto en la mayor parte de los casos no se trata de los individuos más pobres: emigran los que pueden porque tienen al menos la base económica necesaria para poder partir. No son tampoco los más ignorantes como lo demuestran estudios empíricos recientes (Barbé y Olivieri 1996-2000), su grado de escolaridad es en general superior al nivel medio de los países de los cuales provienen.

Por lo que se refiere a la correlación entre migraciones y criminalidad, ha sido enfatizada por fuerzas políticas cuyos esquemas ideológicos tienen necesidad de construirse un enemigo, como es el caso de los nacionalismos extremistas, que funcionan siempre no sobre la base de un ideal de sociedad sino para "defenderse" de un adversario real o imaginario.

Lo que no quiere decir que una cuota de comportamientos delictivos no haya acompañado habitualmente los procesos migratorios. Si se observan las estadísticas de principios del Novecientos de los países que estaban recibiendo grandes contingentes inmigratorios (como la Argentina) se comprobará que las colectividades inmigrantes más numerosas ocupaban infaliblemente los primeros lugares en las cifras de delincuencia (Barbé y Olivieri 1990 y 1992). Y es fácilmente comprensible que haya sido así entonces y que sea así ahora: el "diferente" es visto como un sospechoso y por ende objeto de controles que se reflejan en las estadísticas. Además, incluso inmigrantes entrados legalmente por el solo

hecho de no haber (o no haber podido) regularizar su situación administrativa se transforman en transgresores, en "irregulares" o "indocumentados" (los *sans papier* como se dice en Francia). En realidad, gran cantidad de las transgresiones son infracciones de las leyes en materia de inmigración (Schmid 1996, Tomasevski 1996).

Todo ello no significa que la desviación se limite a ese tipo de ilegalidad. Están en primer lugar las organizaciones criminales de traficantes de personas, insaciables y despiadadas. El Mediterráneo es permanentemente surcado en las horas nocturnas por las veloces lanchas de esos traficantes. Si temen de ser alcanzados por las guardias costeras no vacilan en echar al mar a sus clientes en modo de poder emprender con mayor rapidez la retirada. Los traficantes que operan por tierra introducen clandestinos encerrados en *containers* (muchos peruanos han llegado en esta forma desde Europa del Este) y cada tanto se descubren personas muertas por asfixia. Pero existen también las organizaciones delictivas que reclutan mano de obra (a menudo para vender droga), personas que viven un doble proceso de *anomia*, resultante de una doble emigración: primero desde las pequeñas localidades de origen hasta las grandes ciudades africanas, luego de ellas a las grandes ciudades europeas. Otros desviantes son meramente ocasionales: así como a las ciudades americanas se las imaginaba hace un siglo empedradas de oro han creído, muy erróneamente, que habrían encontrado con facilidad trabajo en los países de la U.E..

En Europa, en el ámbito de los estudios sobre el tema, se van reproduciendo ahora las etapas transitadas en pasado en los tradicionales países de inmigración. Ha llegado el momento de las investigaciones sobre el binomio inmigración-criminalidad. Para superar las objeciones hechas por otros estudiosos, los nuevos trabajos (por ejemplo Barbagli 1998) se preocupan de documentar que la incidencia de los inmigrantes en las estadísticas de desviación no se debe meramente a arrestos o denuncias por irregularidades en sus documentos o por la falta total de los mismos, sino también por delitos graves, y que no se trata solamente de detenciones sino de condenas penales. Claro que queda sin responder un interrogante planteado por los sociólogos de la desviación: los marginales (sean inmigrantes o no) ¿no son acaso, como lo prueban muchos estudios, más fácilmente condenados? Entre dos individuos acusados del mismo delito, uno "marginal" y otro "normal", el porcentaje de condenas es mayor entre los primeros que entre los segundos (Bouchard 1995).

Pero la imagen que se está difundiendo en Europa, sobre sí misma y sobre los extranjeros inmigrantes, a la que me refería más arriba, es falsa por muchos otros motivos. Lo es, porque de la mayoría de los 120 millones de migrantes que actualmente circulan por el planeta, -según el cálculo de la IOM (*International Organization for Migration*) muy probablemente ya superado por defecto- sólo un porcentaje mínimo se propone de trasladarse a Europa. La mayor parte de los actuales flujos migratorios no van desde el Sur hacia el Norte sino que tienen lugar entre países del Sur del mundo, las actuales migraciones dentro de Africa y de Asia son ampliamente demostrativas. Y lo es también porque, contrariamente a los que se cree, la proporción de la población mundial que actualmente emigra es menor a la de principios de siglo (Mármora 1997) cuando quienes emigraban eran en su mayoría ciudadanos europeos.

La verdadera magnitud de las migraciones actuales, que responde a causas profundas derivadas de crecientes desigualdades internacionales, ha sido agigantada pues por varios motivos. Si todos los países europeos han producido emigración (también Inglaterra y Francia aunque esto se lo olvide deliberadamente) en los países de Europa del Sur, como Italia, España y Portugal, que entre fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX se vieron obligados a expulsar millones de conciudadanos, se actúa una no consciente revancha histórica: ahora somos nosotros la meta soñada. Por eso se trata de no tener en cuenta que por mucho tiempo no fueron en realidad el verdadero objetivo de gran parte de los

inmigrantes (Barbé y Olivieri 1998) que hubieran preferido llegar a otras latitudes a las que diferentes circunstancias (mayor costo del viaje, más trabas para entrar) les impidieron de arribar. Eran en realidad una meta transitoria (de pasaje) y solamente ahora, cuando se han ido formando colonias de distintas colectividades extranjeras y las consiguientes cadenas migratorias, su rol ha cambiado. Hay también una palmaria propensión a borrar de la memoria y de la escena pública que varios millones de portugueses, italianos y españoles son todavía inmigrantes, a menudo en condiciones precarias, no solo en las Américas y en Australia, sino, fundamentalmente en otros países europeos (Olivieri 1999b).

Además, si la mayor parte de los flujos migratorios tienen lugar entre Sur y Sur como he dicho, es también verdad que el mundo no se divide, como se lo ve desde Europa, entre países de inmigración y países de emigración. Las zonas ricas siguen generando emigración (no es casual que la mayor colectividad de "irregulares" en N. York a fines de los Noventa, estuviera formada por italianos). Debemos habituarnos a pensar que muchos países del mundo son hoy, simultáneamente, receptores de inmigración y generadores de emigración.

La Argentina constituye a este respecto un ejemplo bien claro. En la segunda mitad del Ochocientos y en buena parte del Novecientos, Argentina ha sido un país de inmigración y esta era la percepción que de ella existía en el exterior. Durante los años Setenta del Novecientos Argentina generó emigración fundamentalmente política, primero, y en los años sucesivos emigración principalmente (aún cuando no solamente) económica. Es esta la imagen reciente, construida en los últimos veinticinco años, que hoy prevalece en Europa. Y sin embargo Argentina ha vuelto a ser meta de inmigración. Hoy casi un 6% de la población argentina está formada por inmigrantes extranjeros de los cuales aproximadamente la mitad está compuesta por la inmigración histórica (italianos, españoles, franceses, centro-europeos, ucranianos, etc.) y la otra mitad por inmigrantes que llegan de los países limítrofes, de otros países latinoamericanos como el Perú, y de naciones asiáticas. Ese 3% supera el porcentaje de extranjeros presentes en Italia y duplica el porcentaje de los extranjeros que hoy viven en España.

También en Argentina fue lanzada en su momento una campaña anti-inmigrantes propiciada por el gobierno peronista (1989-1999) tentando de atribuir a la inmigración los efectos de la crisis económica que se hacía evidente al final de su gestión. Y también en Argentina se incuban, como podremos comprobar empíricamente, todos los fenómenos conexos a los flujos migratorios: discriminación, segregación, xenofobia, etc. Es importante resaltar, sin embargo, un hecho circunstancial pero importante. En Europa (especialmente en Italia) los medios de información -de todas las tendencias- han agigantado la real incidencia de la inmigración. En Argentina los medios no podían cerrar los ojos a los tremendos efectos sociales del programa neo-liberal y no se hicieron eco de la mencionada campaña lanzada desde esferas gubernamentales que trataban de culpar a los extranjeros de la desocupación, el descenso de los salarios, la criminalidad creciente. O sea, (como van Dijk 1994 y otros estudiosos han documentado), la prensa juega un papel de primer plano en el "clima" social que circunda los actuales flujos migratorios.

Durante las migraciones masivas el inmigrado es objeto de prejuicios, discriminaciones y estereotipos (Olivieri 1998 y 1999a) que son típicos de los procesos migratorios y que reproducen los que hace algunas décadas sufrieron los inmigrantes italianos o españoles (y que los etiquetan todavía hoy en algunos países europeos como Alemania o Suiza -Olivieri 1999b- donde sigue habiendo inmigrantes del sur de Europa). La población residente mira al individuo extranjero, al diferente, con anteojos fuertemente etnocéntricos. El inmigrante es percibido genéricamente como un "extracomunitario", una denominación que jurídicamente indica a quien no es ciudadano de un país de la UE, (la ex Comunidad Eco-

nómica Europea) pero que (Olivieri 1998) está fundamentalmente reservada a quien tiene un diferente color de piel y, sobre todo, es pobre. Ese "extracomunitario" es visto como intercambiable con cualquier otro "extracomunitario" aún si ambos provienen de culturas e incluso de continentes muy diferentes, y si uno ha emigrado por causas económicas y el otro es un refugiado (por motivos políticos, religiosos o ecológicos). La influencia que todo ello tiene sobre los comportamientos y la interacción entre residentes e inmigrantes es muy amplia (volveré sobre este tema más adelante).

Se ha ido configurando un panorama formado por actitudes y tendencias latentes que son extremadamente inquietantes para quien, como los estudiosos de los fenómenos migratorios, saben que en las actuales condiciones internacionales estos éxodos no podrán ser detenidos pese a los muros que tratan de bloquearlos. La ola de reacciones incluso histéricas que la creciente presencia de inmigrantes ha provocado en Europa ha generado un clima en el cual florecen todo tipo de exclusiones y un caldo de cultivo para el retorno de viejas lacras como el antisemitismo.

En la actual situación europea, profundamente marcada por episodios de segregación, por discriminaciones y por prejuicios, que en algunos casos desembocan en consecuencias dramáticas, es descontado que palabras como "xenofobia", "racismo" y "etnocentrismo" sean a menudo usadas tanto en el lenguaje cotidiano como en el léxico académico especializado. Y, como habitualmente sucede, no siempre con una misma palabra se hace referencia al mismo tipo de fenómeno: estas confusiones son habituales en los estudios sociales y por eso es necesario aclarar en cada caso con cuales connotaciones se asumen los términos empleados.

El problema fundamental, sin embargo, no reside en un mero conflicto de etiquetas sino de contenidos. Es necesario aclararlos porque las consecuencias prácticas de cada uno de estos fenómenos son muy distintas.

3.2 Elementos analíticos para el estudio de una situación preocupante

Los comportamientos *discriminatorios*, el tratamiento diferenciado, desigual, de determinadas personas o grupos, se extienden en el actual escenario europeo. No es difícil individualizar como se configuran si se tiene presente que en nuestras sociedades persiste, todavía hoy, una discriminación de las mujeres por ejemplo en el mercado de trabajo. En el caso de los inmigrantes las discriminaciones no se limitan al plano laboral (salarios más bajos, asunción irregular sin contrato) comprende otros ámbitos, como el mercado de las habitaciones: "no se alquila a extranjeros". Es verdad que individualizar las discriminaciones existentes no siempre es simple porque el propósito discriminatorio es a menudo ocultado. El departamento que había sido ofrecido en alquiler se transforma repentinamente en "ocupado" o "ya alquilado" cuando se comprueba que el inquilino en ciernes es extranjero. Para descubrir el alcance de las discriminaciones no basta por lo tanto un observador, hay que experimentarlas.

Para visualizar los efectos de la segregación, en cambio, basta examinar la geografía urbana. El propósito de aislar al diferente, de recluir al "otro" en determinadas zonas, salta a la vista de frente a los barrios gueto, (que son fuente de microcriminalidad). Cuando el gueto prende consistencia, los autóctonos empiezan por enviar a sus hijos a otras escuelas y, si pueden, terminan por abandonar el barrio. En algunas grandes ciudades industriales estas zonas urbanas -no obligatoriamente periféricas- habían sido habitadas por inmigrantes

internos y es entre éstos y los recién llegados que florece el conflicto: surgen los "comités espontáneos" anti-inmigrantes y según las ciudades incluso las "rondas" de "autodefensa".

La distinción entre etnocentrismo, xenofobia y racismo no es siempre clara. Muy a menudo, pareciera que se tiende a diseñar una trilogía: el racismo sería el fenómeno más fuerte y feroz, y en orden decreciente seguirían la xenofobia y el etnocentrismo. En realidad las cosas no son así, se trata de fenómenos disímiles con consecuencia divergentes.

La *xenofobia*, el sentimiento de hostilidad hacia el extranjero, no presenta problemas de conceptualización. Sí en cambio el etnocentrismo y el racismo.

Estamos de frente a una manifestación de *racismo* cuando un grupo se siente tal porque sus componentes consideran de tener ciertas características *biológicas* comunes y experimentan sentimientos de fuerte agresividad respecto a los integrantes de otro grupo al que atribuyen una conformación *biológica* homogénea diferente de la suya. La agresividad deriva del reputar inferiores a los miembros del otro grupo (o de imaginarlos inconscientemente superiores y por eso temerlos). El punto central es que el actor racista, en modo consciente o no, establece una barrera biológica con el "otro". Se trataría de una diferencia "natural" y por lo tanto insuperable. Por eso el actor racista necesita atribuir al otro características "naturales" peculiares, generalmente de tipo somático: "los africanos son negros", sin distinguir entre magrebíes árabes y africanos subsaharianos. Esta generalización racista puede ser hoy escuchada por la calle o incluso en los noticiarios televisivos: "el asaltante era una *persona de color*", sin precisar si se trata de un árabe o un nigeriano. Este es el texto con que fue dada una noticia en el más escuchado de los telediaros italianos: "En Campo dei Fiori, en Roma, una señora anciana fue despojada de su cartera por dos *extracomunitarios* en motocicleta que lograron escapar". Y si escaparon ¿con qué bases afirma el periodista que se trataba de "extracomunitarios"? Aparentemente por el color de la piel, que sin embargo no es especificado en la noticia. ¿Eran árabes, africanos subsaharianos, asiáticos, latinoamericanos? En Milán fue golpeada una ciudadana italiana, con padre italiano y madre somalí, al grito de "negra, que haces en Italia".

Cuando no se cuenta con una base cierta para establecer una diferencia biológica con el otro, se procede a *racizar*. Un ejemplo clásico de racización es el estereotipo somático del judío construido en Europa durante la Edad media (el del Mercante de Venecia de Shakespeare) que de alguna forma sobrevive en nuestros días sin tener en cuenta que hay judíos con distintos colores de piel y muy diferentes características somáticas. *Racizar* es hoy una arma contundente, sobre todo entre pobres. La recolección de los tomates o cualquier otra cosecha es realizada por trabajadores transitorios y mal pagados. Que alguien acepte un salario todavía más bajo ha sido siempre motivo de luchas desesperadas. Pero si quien lo hace es un "extracomunitario" se procede a la racización: "son todos negros (aunque no lo sean), sucios, malolientes..." y por lo tanto "es imposible tratar con ellos...", la única vía es golpearlos o como ha sucedido matarlos.

Son muchas y diferentes, como es bien conocido, las teorías sobre las causas del racismo. Desde las que privilegian los mecanismos de proyección (atribuyendo al otro lo que en realidad siente el actor racista); a la necesidad de capas sociales medias de encontrar un enemigo común, visto como tal por estratos sociales más altos, como una forma de acercarse a éstos (Sartre 1954); a las tesis clásicas sobre el chivo emisario; a las que enfocan los mecanismos psicológicos de falta de auto-estima. No es casual que los actos antisemitas, o las agresiones a trabajadores extranjeros (turcos, italianos, españoles) se hayan desarrollado con mayor intensidad en la ex Alemania oriental necesitada de un chivo emisario para justificar que la unificación alemana no haya producido una inmediata homologación con la rica Alemania occidental. Y no es tampoco casual que los atentados y las expresiones racistas (incluyendo los carteles ofensivos contra los jugadores africanos en las canchas de fútbol)

provengan muy a menudo de sectores afectados por la desocupación que necesitan proclamarse somáticamente superiores para disfrazar su falta de auto-estima.

3.2₁ El "nuevo racismo": un concepto en discusión

"Nuevo racismo" es una expresión acuñada por el estudioso inglés Barker 1981 y popularizada con gran suceso por un investigador francés, Taguieff (1987), que ha provocado no pocas confusiones conceptuales.

Taguieff aplica la etiqueta de "nuevo racismo" a las concepciones de la "nueva derecha francesa" (desde la grosera de Le Pen a la más sofisticada de A. de Benoist 1987) que (usando el término identidad en una acepción diferente a la que he delineado en el capítulo anterior) afirma: nosotros no somos racistas, pero tenemos nuestra identidad cultural francesa y reivindicamos el derecho de vivirla sin interferencias. La presencia de los inmigrantes no nos permite de vivir nuestra identidad.

No cabe duda que los franceses y otros europeos no se hacían estos problemas cuando invadieron Asia, África y las Américas. Pero es también verdad que, al menos en sus declaraciones, las tesis de la "nueva derecha" no son directamente racistas (como lo eran explícitamente las teorías del nazismo). Son tesis xenófobas, ¿por qué llamarlas entonces "nuevo racismo"?

La etiqueta sería válida si se presume que los sostenedores de esas tesis, que reclaman el "derecho a la diferencia", son en realidad racistas que se avergüenzan de declararlo.

Taguieff ha contestado a estas críticas en un libro reciente (1997) en el cual por un lado acepta que los elementos de tipo biológico son la característica específica del racismo. Pero luego sostiene que hay que actualizar el modo en el cual el racismo se expresa y termina entonces por conglomerar en lo que él llama "nuevo racismo" todas las formas de segregación, de discriminación, de formación de estereotipos, etc. etc.

Cuando Taguieff empezó a trabajar sobre su concepto de "nuevo racismo" se proponía alertar sobre el hecho que los racistas no se proclaman más públicamente racistas. Y por consecuencia la lucha contra el racismo tiene de frente un nuevo tipo de adversario.

Partiendo de esto, elaboró una distinción muy útil entre el racismo clásico: puedo explotarte porque eres inferior a mí (heteroracización); y el "racismo diferencialista": yo soy diferente y reclamo el derecho de vivir en espacios homogéneos (autoracización), un reclamo que incluye la expulsión e incluso el exterminio y que es trágicamente actual, por ejemplo, en los Balcanes.

Sin embargo, sucede que la preocupación fundamental de Taguieff (y de otros muchos) está dirigida no a profundizar la génesis y las formas de manifestación de la xenofobia, el racismo y el etnocentrismo sino a acentuar la carga emocional de los términos empleados.

Lo que sucede es que luego del holocausto (la shoah) así como nadie se proclama racista o acepta de ser llamado racista, todos tratan de etiquetar al adversario como racista. Xenófobo o etnocéntrico parece en cambio demasiado poco.

Personalmente, no dudo que muchos de quienes sostienen las teorías diferencialistas sean realmente racistas, pero incluir fenómenos diversos en un mismo recipiente impide de detectar las causas de cada uno de ellos y, sobre todo, impide encontrar las vías adecuadas para combatirlos.

A este punto es importante puntualizar, para evaluar correctamente los datos empíricos que incluiré más adelante, que actitudes y comportamientos no son sinónimos. Las actitudes internas de los actores sociales, racistas o xenófobos, no desembocan obligatoriamente en comportamientos racistas o xenófobos. Y viceversa, se pueden actuar comportamientos de tal tipo sin tener, o sin creer tener, actitudes interiores racistas o xenófobas. Y esto es así porque las interacciones entre individuos se producen en *situaciones* dadas.

En los años Treinta, cuando los chinos no gozaban de buena fama en los EE.UU., LaPiere 1934, envió varios centenares de cartas (no existían entonces ni el fax ni el correo electrónico) a propietarios de hoteles y restaurantes indicando que quería reservar dos habitaciones, una para él y otra para una pareja de chinos. Seleccionó todas las respuestas negativas - "no aceptamos chinos"- y recorrió luego esos locales con la pareja asiática. Ninguno se negó a alojar o a servir a los chinos. Y es así porque, salvo cuando se llega a un clima de "racismo declarado" y proclamado (Wieviorka 1991), se hace difícil al actor racista en las interacciones directas, cara a cara (Allport 1954), traducir en concretos comportamientos sus actitudes internas. Viceversa un actor puede estar convencido de no albergar en sí mismo actitudes racistas y en cambio actuar comportamientos racistas.

Es por eso, que los comportamientos racistas o xenófobos no pueden ser estudiados con métodos de investigación tradicionales, haciendo preguntas y pretendiendo respuestas. Se obtendrán, si la investigación esta bien planteada, solamente indicios sobre actitudes internas de los entrevistados. En última instancia, estos comportamientos sólo podrán ser constatados y analizados durante el desarrollo de concretas interacciones.

3.2₂ Etnocentrismo y comportamientos etnocéntricos

Hace casi un siglo Sumner (1906) introdujo en los estudios sociales el término etnocentrismo (derivado de *ethnos*: pueblo); de ahí en más esta palabra no ha sido usada siempre con las mismas connotaciones pero el punto de partida sigue en pie aún hoy.

Sumner se refería a un sentimiento de cohesión y solidaridad respecto a los componentes del grupo al cual se pertenece. Sostenía que esto conduce el individuo a considerar superior a su grupo y a defender los intereses del mismo de frente a otros grupos. Los individuos ponen en el centro de sus preocupaciones el propio grupo y hacen una distinción neta entre los que forman parte del mismo (*in-group*) y los que no (*out-group*).

He articulado y actualizado este concepto en otros trabajos (Barbé 1994b, 1996b y 1999a). Hablo de etnocentrismo cuando un individuo, un actor social:

- a) *juzga* todas las situaciones y juzga al "otro", solamente a través de sus propias normas de vida, de sus modos habituales de actuar y de pensar, de sus propias creencias, que comparte con los demás miembros de un grupo social y que considera superiores a las convicciones, las usanzas, etc., del otro;
- b) el actor *universaliza* sus valores y reglas de conducta, los ve no solamente como los únicos válidos, sino como obvios, y los considera netamente superiores a los del otro;
- c) el individuo etnocéntrico *no tiene o se niega a tener información* sobre el otro (tipos de comportamiento, necesidades, etc.);
- d) el individuo no logra o no quiere *ponerse en el lugar del otro* durante la interacción.

el grupo del actor social puede ser: una cultura (occidental u oriental, etc. etc.); o una *subcultura* (en el sentido de grupo lingüístico, religioso, político, etc., diferenciado por costumbres, ideas, símbolos, dentro de una sociedad) pero puede ser también un grupo de

edad (los jóvenes o los ancianos) o de *género* (el mundo femenino y el mundo masculino) etc.

Comento brevemente los elementos de la *definición operativa* que acabo de enunciar.

- a) a') El primer punto, usar solamente los propios esquemas de valor, refleja las concepciones de Sumner.
- b) b') El segundo (universalizar los peculiares valores y usanzas) significa advertir sobre la existencia de un fenómeno del cual no son exentos ni siquiera los observadores especializados: hemos nacido en un tipo de familia y lo consideramos obvio, natural, sin tener en cuenta que en una misma ciudad la organización familiar puede cambiar en función de varios factores, entre los cuales los orígenes del grupo (descendientes de italianos, españoles, franceses, alemanes, etc.) o del sector social al cual se pertenece. En determinadas ocasiones comemos ciertos platos y pensamos que todos en nuestro país coman lo mismo. Un argentino tucumano puede pensar que para fin de año en todas las casas se coma ambrosía de postre, pero no es así. Un italiano de Bolonia puede creer que la anguila sea el plato obligado para las fiestas en toda Italia lo que es inexacto. Todos tendemos a universalizar nuestras vivencias, nuestras experiencias, nuestra biografía.
- c) c') El tercer punto (no tener o no querer tener información sobre el "otro") alude a uno de los aspectos fundamentales del etnocentrismo: la información que tenemos sobre otras culturas, otros contextos histórico-geográficos. Por ejemplo la que se recibe en Europa sobre los que pasa en otras partes, especialmente en lo que se llama genéricamente "el tercer mundo" (un concepto obsoleto y hoy carente de sentido). La información europea es ferozmente etnocéntrica y etnocéntricamente filtrada por los medios de comunicación e incluye la total, o casi total, falta de información sobre el mundo no europeo (a excepción de los EE.UU.). El mismo filtro está palmariamente presente en los textos de lectura en las escuelas primarias o secundarias. La crisis del sudeste asiático y la crisis brasileña tuvieron una repercusión inmediata y negativa sobre los mercados bursátiles de todo el mundo. El más importante y escuchado de los noticieros de televisión italianos se vio obligado a dar la noticia en este modo: "hay que decir que al Brasil estamos acostumbrados a recordarlo en función de la samba o del Carnaval ... pero es también una gran potencia industrial". Antes de indicar porque se había producido una caída de las bolsas de valores en Europa, el periodista se sintió obligado a preparar a los espectadores, con la convicción (acertada) que de lo contrario no habrían comprendido la influencia que la bolsa de San Pablo puede tener sobre los mercados europeos.
- d) d') El cuarto elemento, recoge una importante contribución del interaccionismo simbólico (Mead, Blumer, etc.): cuando nos ponemos en relación con otra persona, cuando inter-actuamos, podemos hacerlo porque, aún sin darnos cuenta, logramos situarnos en el lugar del otro y comprender porque ese otro se dirige a nosotros en tal o cual modo. En caso contrario, la interacción es renga, no es total.
- e) El último punto, representa una tentativa de no limitar a los macro-etnocentrismos el esquema teórico elaborado para estudiar los comportamientos etnocéntricos: es importante darse cuenta que los maxi-etnocentrismos pertenecen al mismo tipo de fenómenos de otros etnocentrismos más sutiles que se producen en la vida cotidiana: entre los sexos, las generaciones, etc. En este caso "grupo" significa grupo de género o de edad. La incomunicación entre el mundo femenino y el masculino ha sido objeto de tantos análisis y polémicas. La incompreensión entre las generaciones puede alcanzar asimismo dramáticas consecuencias. Es normal que se dé del tú a los ancianos en los institutos geriátricos "porque a esta edad vuelven a ser chicos" (lo que es totalmente falso) y lamentablemente se producen con regular insistencia los casos de jóvenes que llegan al suicidio porque los

padres no los han dejado asistir a un concierto rock. Cuando, hace pocos años, una chica se suicidó en Buenos Aires por ese motivo, los noticieros de televisión fueron a buscar trozos de película que habían filmado el día anterior cuando centenares de chicas y muchachos se agolpaban frente al hotel en que se alojaba el conjunto musical. Y en esos trozos (que no habían sido transmitidos) estaba la declaración de la jovencita sobre todo lo que para ella significaba ese concierto; una verdad (justa o equivocada) que los padres pudieron conocer cuando ya no existía la posibilidad de un diálogo. Reservo a estas últimas formas de etnocentrismo, de los cuales no me ocuparé en este trabajo, el nombre de *grupocentrismos*, Barbé 1994b.

No es inútil agregar que si los dos primeros elementos indicados -en los puntos "a" y "b"- se basan en aspectos "culturales" eso no quiere decir que la visión del etnocentrismo que he delineado sea solamente culturalista y que rechace de encontrar en otras áreas analíticas (personalidad, intereses, etc.) los orígenes del etnocentrismo. La definición que he expuesto tiene un carácter deliberadamente *operativo* con vistas a su uso en la investigación empírica. No alude pues a las causas del etnocentrismo sino al modo en el que se manifiesta. El tercer punto (negarse a tener información sobre el otro) no presume sólo la existencia de factores culturales: es perfectamente factible que el rechazo sea consecuencia de concretos intereses materiales del actor etnocéntrico al que puede convenirle ignorar, o fingir de ignorar, las necesidades del otro. Del mismo modo el cuarto punto (no querer o no lograr ponerse en el lugar del otro durante la interacción) no se refiere solamente a factores que se encuentran a nivel de la personalidad del actor etnocéntrico, constata simultáneamente el modo en que se desarrolla la interacción.

No está demás señalar que "identidad" y "etnocentrismo" no son términos equivalentes. El punto de convergencia (y de la eventual inter-influencia entre una y otro) está en la presencia directa o indirecta de *alter* en ambos fenómenos. Pero pueden teóricamente existir identidades no etnocéntricas. Mucho más difícilmente, en cambio, nos encontraremos con macroetnocentrismos que no prefiguren al menos un esbozo de identidad colectiva, lo que se desprende de los dos primeros elementos del concepto de etnocentrismo que he presentado. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el concepto enunciado puede ser aplicado a actores etnocéntricos individuales que no necesariamente comparten identidades colectivas.

3.23 El etnocentrismo puede ser tan letal como el racismo

Al comenzar este capítulo decía que pareciera que muchos autores trazan, en forma explícita o implícita, una trilogía -etnocentrismo, xenofobia, racismo- en la cual el etnocentrismo sería el menos peligroso de estos tres fenómenos. No es así.

Históricamente el etnocentrismo ha producido -directa o indirectamente- más víctimas que el racismo. Lo atestiguan los etnocentrismos políticos y los etnocentrismos religiosos. Las guerras civiles, son habitualmente las más cruentas y salvajes. Pueden ser fruto de causas diferentes pero la contraposición de concepciones etnocéntricamente enfrentadas es un ingrediente permanente.

Los etnocentrismos religiosos han provocado guerras sanguinarias, incluso en el caso en el que los protagonistas se proclamaban, unos y otros, cristianos, como durante la Reforma y la Contrarreforma.

La conquista española de América estuvo acompañada, como todas las empresas de conquista, por fuertes etnocentrismos. No me refiero a las polémicas que prosperaron en

España sobre si los indios tenían o no un alma (esto era racismo). Ni tampoco a las enfermedades transmitidas por los conquistadores contra las cuales los indios carecían de anticuerpos. Me refiero a los cambios bruscos en la alimentación. Los indios no conocían el trigo pero debieron cultivarlo obligatoriamente para producir el pan, imprescindible para los españoles. Los indios no conocían el vino, pero debieron cultivar uva porque para los españoles era importante. El cambio de alimentación produjo más muertes que las dos armas fundamentales, desconocidas hasta entonces por los aborígenes, que habían decidido la conquista: los caballos y las armas de fuego

Muchos estudiosos han sostenido que el etnocentrismo es inevitable: ¿con qué metro patrón se puede juzgar a los otros sino partiendo de los modos de vida, las costumbres y los valores que han sido asimilados durante los procesos de socialización? Más aún, algunos (Linton, Robertson) alegan que una cuota de etnocentrismo es imprescindible para estrechar lazos entre los miembros de una sociedad. Es posible que, en parte, esto sea exacto. Pero en la sociedad internacionalizada que se va formando el etnocentrismo es una traba insostenible.

3.3 Los jóvenes europeos, los jóvenes argentinos y la inmigración extranjera

En el capítulo anterior he anticipado que, a partir de la mitad de los años Noventa, los resultados producidos por la investigación sobre la identidad y la identidad nacional indicaron la necesidad de incluir en los tests-integrados una *escala de tolerancia* (o intolerancia) de los inmigrantes extranjeros.

Las unidades de análisis más usadas hasta entonces por la investigación eran fundamentalmente cursos universitarios (la totalidad de los presentes en un curso). Habían sido efectuados tests también en otras unidades de análisis en modo de englobar a adultos (incluso de edad avanzada), a soldados conscriptos, a alumnos de las escuelas secundarias superiores. Pero a mediados de los Noventa se consideró necesario incluir en modo permanente otras categorías, entre las cuales estudiantes de la escuela media inferior y en casos especiales inclusive alumnos de escuelas primarias. En razón de las características específicas de la investigación, creo útil presentar aquí, no los datos generales obtenidos en cada uno de los países analizados sino en determinadas zonas de los mismos, aquéllas en las que se han efectuado tests, recientemente y al mismo tiempo, tanto a estudiantes universitarios como a alumnos de la escuela media (y en uno de los casos de la escuela primaria). Tales regiones son el Piamonte y el Valle de Aosta, en Italia, Cataluña en España, el Delfinado y Saboya, en Francia, Buenos Aires y el gran Buenos Aires en Argentina (Cfr. Barbé 1998a, 1998b y 2000b).

Si los entrevistados son puestos de frente a una afirmación muy general (la llegada de los inmigrantes es consecuencia de profundas desigualdades internacionales, detener los actuales flujos migratorios sería prácticamente imposible y por lo tanto "*la sociedad del futuro está destinada a ser una sociedad multiétnica*") las respuestas de los estudiantes universitarios entrevistados parecen indicar una cierta conciencia sobre el fenómeno. Hay diferencias obviamente, por ejemplo en función del tipo de facultad (la multiétnicidad es más asumida por los estudiantes de ciencias sociales y de materias humanísticas que por los de Facultades técnicas, de Ingeniería o de administración de empresas) pero los datos generales son uniformes. Responde afirmativamente más del 80% de los estudiantes de Grenoble, más del 90% de los universitarios de Turín y del Valle de Aosta (las cifras son simila-

res en Milán, Génova o Siena), y también alrededor del 90% de los universitarios de Barcelona y de Buenos Aires. El panorama cambia, y no poco, cuando los entrevistados son estudiantes de la escuela media (edad entre 12 y 14 años). Las respuestas negativas oscilan entre el 25% (Turín y Valle de Aosta) y el 40% (Delfinado, Saboya y Barcelona). Estos porcentajes no mutan fundamentalmente en Argentina, donde los tests han sido efectuados principalmente a alumnos de escuelas secundarias superiores.

El segundo indicador utilizado ofrece resultados muy significativos. Todos sabemos que tanto Italia como España han expulsado población durante el siglo pasado y el actual, y han seguido haciéndolo hasta momentos muy recientes, produciendo una imponente emigración que comprende todas las regiones de los dos países (aún cuando en las zonas más ricas e industrializadas de ambos tiende a difundirse una creencia contraria). También Francia ha expulsado población, con la única diferencia que la mayor parte de los emigrados galos (no todos) se transfirieron en las colonias francesas. Este proceso inmenso, que ha marcado la historia francesa, italiana y española, parece haber sido etnocéntricamente removido por las jóvenes generaciones de las tres naciones. Si se recuerda a los entrevistados que en el siglo pasado y gran parte del presente también los italianos, o los españoles o los franceses, se vieron obligados a emigrar y que *sería necesario tener cuenta de tal hecho cuando se juzgan los inconvenientes que puede provocar hoy la presencia de extranjeros en sus respectivos países*, un alto porcentaje (que oscila entre el 25% y el 40% según la Universidad o la escuela analizada) responde directamente: NO. Se podría pensar que los entrevistados consideren que la emigración europea fue solicitada por los países receptores mientras no siempre ocurre lo mismo con los actuales flujos hacia Europa (como por otro lado sostienen en modo erróneo algunos estudiosos que no perciben que, si ciertas élites de los países de inmigración veían con buenos ojos el arribo de mano de obra barata, para los trabajadores locales los inmigrantes europeos constituían de cualquier forma una competencia no deseada). Sin embargo, del contexto de las entrevistas surge claramente que la mayor parte de las respuestas negativas son simplemente el fruto de la ignorancia (o de la negación psicológica, lisa y llana) de la historia de la propia nación.

El caso argentino es particularmente impactante porque la historia de la emigración masiva argentina es reciente. La existencia de una emigración política en los Setenta y directamente económica en los Ochenta del siglo que ha apenas terminado, una emigración que ha englobado centenares de miles de argentinos y que ha producido que la Argentina sea percibida desde Europa como un país de emigración, resulta "negada" por los entrevistados. Todo esto mientras millares de argentinos han tratado (y tratan) de obtener el pasaporte de alguno de sus antepasados para poder establecerse en Europa dando lugar al fenómeno de los "retornados" (Olivieri 1987,1994,1997 y otros trabajos), cuando las colas en ciertos consulados (Italia, España) han sido bíblicas, cuando se corre detrás del pasaporte extranjero casi como un deporte nacional, en muchos casos no por necesidad sino "por las dudas" o simplemente "porque así todo es más fácil cuando se viaja a Europa", todo esto se borra de la mente de los entrevistados argentinos en el momento de responder a los tests. Responde NO casi el 60% de los estudiantes sean universitarios o de la escuela media.

El panorama que estoy esbozando se transforma en altamente conflictivo cuando los entrevistados son puestos de frente a esta disyuntiva: dada la creciente falta de lugares de trabajo la presencia de los inmigrados es "inaceptable" o lo que importa es establecer una jerarquía y una diferenciación entre la población autóctona y los inmigrantes para solucionar los problemas de habitación, de desempleo, etc. Es alrededor de estos temas que se producen las mayores diferencias en función de diversas variables, entre ellas la edad que condiciona el nivel de escolaridad alcanzado.

Entre los estudiantes universitarios de los cuatro países analizados predomina una perspectiva de tipo estratégico, el propósito de diferenciarse de los extranjeros está ligado a tener ventajas sobre ellos en el mercado de trabajo, que se les asegure a los autóctonos una vivienda adecuada, etc. Entre los estudiantes de la escuela media, en cambio, prevalece el rechazo liso y llano: es la presencia misma de los extranjeros que les resulta "inaceptable", un rechazo que fluctúa entre el 50% (Delfinado) y el 60% (Barcelona), toca puntas del 70% (Turín), supera el 70% (en una escuela primaria de la capital piemontesa) y llega a un porcentaje similar en una escuela secundaria privada bilingüe del Gran Buenos Aires.

En realidad poco importan las cifras precisas, que pueden ser el resultado de una medición ocasional, lo que importa es individualizar la línea de tendencia: a un menor nivel de escolaridad corresponde un mayor rechazo de los extranjeros. Esto se debe a dos motivos. Por un lado, un nivel educativo más alto permite razonar (y asumir) con mayor conocimiento de causa lo que está sucediendo. Al mismo tiempo, los tests efectuados en los tres países europeos han sido realizados en escuelas secundarias estatales (son la gran mayoría) correspondientes al ciclo de educación obligatoria, o sea los entrevistados son representativos de todos los sectores sociales y sucede que son las capas bajas y medio bajas las que expresan en forma más decidida la prevención hacia los inmigrantes extranjeros que pueden ser sus futuros competidores en el mercado de trabajo (algo similar sucede en Argentina pero con picos en algunos sectores sociales altos).

En las grandes ciudades industriales, como Barcelona o Turín, una parte substancial de los sectores sociales medio bajos y bajos está constituida por ex-inmigrantes internos y sus hijos, muchos de los cuales nacidos en ellas. El caso de la ciudad italiana, que duplicó su población entre fines de los Cincuenta y principios de los Setenta, es particularmente ilustrativo. Los inmigrantes internos llegaban desde las zonas pobres del sur italiano para buscar trabajo en la industria del automóvil y fueron a habitar en los mismos barrios en los cuales hoy afluyen los inmigrantes extranjeros. Sufrieron entonces discriminaciones, celos y humillaciones similares a las de que actualmente estos últimos son objeto (el cartel "no se alquila a meridionales" era muy habitual) y ahora viven una clara ambivalencia: comprenden mejor que nadie la situación de los recién llegados pero al mismo tiempo son quienes afrontan en modo directo el difícil momento de la adaptación recíproca jalonado por la presencia de microcriminalidad y por el descenso del valor de las habitaciones que con esfuerzo habían logrado comprar. Todo ello acrecentado por la acción de fuerzas políticas que tratan de acuciar las inclinaciones xenófobas que no nacen solamente de la potencial rivalidad en el mercado de trabajo.

Estos datos, si bien deben ser leídos con cautela y recordando que documentan actitudes y no concretos comportamientos, eximen de todo comentario. Prueban, por sí solos, el clima que se vive actualmente en Europa y el que podría generarse en Argentina si se hiciera un uso irresponsable de la presencia de inmigración extranjera.

Ese uso irresponsable e instrumental (con fines políticos) se ha producido desde hace tiempo en Europa. Lo atestigua el éxito logrado en un primer momento por el *Front National* en Francia, las proclamas xenófobas de la *Lega* y de las derechas en Italia, la reciente llegada al gobierno en Austria de un partido declaradamente "anti-inmigrantes" y con simpatías nazis, el resultado electoral (superior al 20%) de un movimiento xenófobo en Suiza.

En el mes de febrero de 2000 España fue sacudida por los sucesos de El Ejido, una localidad del sur español, en Almería, que ha logrado gran éxito con la producción de frutas y verduras en invernaderos construidos con telas de plástico. La recolección, que se efectúa en condiciones insoportables, con temperaturas de alrededor de cincuenta grados, es efectuada por mano de obra mal pagada: inmigrantes extranjeros, especialmente marroquíes,

que se han ido estableciendo en la zona en viviendas precarias. Un marroquí, que sufre de graves perturbaciones mentales por las cuales ha estado internado, asesinó a una joven mujer española. Un hecho gravísimo pero aislado que desató una venganza colectiva que continuó por varios días. Como si se tratara de desahogar una agresividad latente por largo tiempo encubada, bandas armadas se lanzaron a la persecución de marroquíes en toda la zona, a la destrucción de sus viviendas e incluso de las mezquitas improvisadas, todo esto ante la pasividad policial. El alcalde de El Ejido (del Partido Popular de centro derecha) se negó a toda reparación de los daños efectuados e inclusive a tratar con los inmigrantes. Y dado que la mano de obra es de cualquier forma imprescindible (España tiene el más alto índice de desocupación de la U.E. pero se trata de trabajos que los europeos no quieren de cualquier forma efectuar) la única respuesta del alcalde fue organizar la llegada de otros inmigrantes, en este caso procedentes de países de Europa oriental. Si el hecho ha perturbado a todo la opinión democrática española y europea, no es meramente por los episodios de violencia registrados, otros se han producido en diferentes lugares de Europa, sino por ese vandalismo colectivo que refleja una xenofobia encubierta que puede en cualquier momento transformarse en incontrolada, como ha sido en El Ejido.

3.4 Interacciones etnocéntricas y repercusiones identitarias.

3.4₁ Las poblaciones residentes

He ya indicado (en el capítulo anterior) que una de las causas del crecimiento del sentido identitario nacional en Italia se debe al propósito de los entrevistados de proclamarse diferentes respecto a los inmigrantes extranjeros.

¿Se verifica el mismo fenómeno en las otras zonas europeas estudiadas en este trabajo? Los datos dicen que sí por lo que se refiere a las zonas francesas analizadas: el coeficiente de intolerancia o de recelo aumenta entre quienes expresan roles nacionales. En el caso de Cataluña como en el del Valle de Aosta en Italia, el punto de referencia no está dado por los "roles nacionales" sino por los que arriba he indicado como "roles regionales" (el sentido de formar parte de la nación catalana o de la valdostanidad). Y sobre todo por las preferencias políticas: si el índice de prevención aumenta entre los votantes de las derechas aumenta también entre los simpatizantes de los partidos autonomistas si bien la ideología oficial de estos últimos no es expresamente "anti-inmigrantes".

Esto es lo que diferencia el caso argentino en las mediciones efectuadas hasta fines de 1999: a la expresión de roles nacionales no corresponde un aumento del coeficiente de aprensión. De ahí las hipótesis que he formulado en el capítulo anterior sobre el actual aumento de roles nacionales en Argentina.

3.4₂ Las respuestas de los inmigrantes

Si la presencia inmigratoria ha provocado evidentes reacciones identitarias en Europa las ha producido también entre los inmigrantes.

Introduzco ahora en este análisis (muy brevemente y para referirme sólo a algunos de los datos que de ella surgen) otra larga investigación: (Barbé y Olivieri 1996-2000: *Emi-*

grazione, immigrazione, etnocentrismo, identità). Engloba varias áreas analíticas (históricas, sociológicas, politológicas, cada una de las cuales es estudiada con metodologías diferentes) y, como en el caso de la investigación sobre los fenómenos identitarios, constituye un *Observatorio permanente*, en este caso *de los cambiantes flujos migratorios actuales*.

Una de las fases de este estudio consistió en la realización de un millar de entrevistas a inmigrantes llegados al norte de Italia desde 51 países diferentes, de las cuales ha surgido una ingente cantidad de materiales sobre la situación de los extranjeros y que, sobre todo, documentan las declaraciones de los mismos inmigrantes sobre sus itinerarios migratorios y las cadenas migratorias (formales o informales) de las que forman parte (Barbé y Olivieri 1998), sobre sus problemas, sus proyectos y sus interacciones con la población italiana.

Se trata de interacciones con fuertes contenidos etnocéntricos no solamente de parte de la población autóctona (también los inmigrantes son portadores de etnocentrismos arraigados).

En sus declaraciones los inmigrantes lanzan infinidad de recriminaciones a los nativos (discriminación, segregación, xenofobia, racismo) pero hay una que me interesa especialmente rescatar aquí: acusan a los italianos de "ignorancia" y de lo que llamaría "generalizar la diversidad" (Barbé 1998c, 1999c y 1999d). Ignorancia de que los motivos de su emigración no son siempre económicos o de que, en una cantidad importante de casos, Italia no era la meta soñada en sus proyectos migratorios, o que no siempre están dispuestos a casarse con un autóctono o una autóctona para poder permanecer en el país en que se encuentran (la endogamia, efectivamente, no es patrimonio exclusivo de una parte de los inmigrantes de religión musulmana, sino también de extranjeros católicos inmigrados en un país católico que por eso mismo esperaban tener una mejor acogida). Ignorancia asimismo de la especificidad cultural de la cual proceden y de la heterogeneidad del universo migratorio actualmente presente en Italia: el extranjero no es el representante de un "otro", homogéneo y sin diferencias, como el nativo etnocéntricamente lo percibe habitualmente; coexisten varios "otros" a menudo en conflicto entre sí (las rivalidades entre las colectividades extranjeras son ásperas).

Este tipo de "ignorancia" de los nativos afecta al inmigrante con tanta o más fuerza que los problemas materiales que debe afrontar (conseguir trabajo, casa, permiso de estadia, etc.). Y provoca en él un retorno identitario (aún en el caso de quienes han emigrado porque no comparten elementos importantes de la cultura de la cual provienen). Una reacción identitaria que se manifiesta y se exterioriza fundamentalmente de parte de quienes tienen el más alto nivel de escolaridad y se perciben como los representantes autorizados del grupo al cual pertenecen. En ellas está presente lo que Taylor 1992 ha llamado demanda de "reconocimiento". Estas reacciones identitarias se extienden y se evidencian con mayor vigor en la segunda o tercera generación de inmigrantes. La "revolución del *chador*" (el velo islámico) que conmovió a Francia hace algunos años cuando dos jovencitas de origen árabe, pero nacidas en Francia, pretendieron entrar al aula de su escuela (la escuela francesa tradicionalmente laica) sin quitarse el velo, constituye todo un símbolo de lo que digo, más allá de los motivos personales que hayan realmente inducido a cada una de ellas.

Si la relación entre nativos e inmigrantes es fuertemente etnocéntrica (siguiendo todos los parámetros que del etnocentrismo he enunciado arriba) en unos y otros se producen pues reacciones identitarias trascendentales.

Todo esto marca las dificultades que se vivirán por mucho tiempo en Europa para superar esta fractura. A principios del Novecientos, cuando la población extranjera llegaba casi a superar a la autóctona en algunas ciudades de los EE.UU. (como en Argentina), Thomas 1918-1920 había indicado con acierto que la única vía para superar la delincuencia

y otras formas de comportamientos anómicos era hacer ingresar, inclusive políticamente (con el derecho de voto), a los extranjeros en la sociedad. En el fondo su tesis era asimilacionista, como lo era en otros países de inmigración (Argentina).

Pocos hoy hablarían directamente de asimilación. "Pluralismo" es la palabra mágica permanentemente usada. En realidad cuando se dice pluralismo a menudo se entiende referirse a cosas diferentes. Y en última instancia uno de los problemas fundamentales se encierra en esta pregunta: ¿cuáles son los límites del pluralismo? o, en otras palabras, ¿una sociedad pluralista debe tener o no una base mínima de valores que permitan la convivencia? Por ejemplo: ¿las sociedades europeas deben aceptar la infibulación y otras mutilaciones de los órganos sexuales femeninos que las madres somalíes (y de otras etnias), confirmando que los etnocentrismos de los inmigrantes pueden ser tan porfiados como los de los residentes, siguen imponiendo a sus hijas en el respeto de antiguas tradiciones que sin embargo no son parte de los preceptos religiosos musulmanes?.

La gran dificultad que deben afrontar los varios y disímiles programas de educación "multicultural" e "intercultural" estriba en que, si tener información sobre el "otro" y conocerlo es imprescindible, no basta para comprenderlo y aceptarlo. Y viceversa, el voluntarismo "intercultural" no es suficiente porque aún en el mejor de los casos es harto difícil superar el etnocentrismo involuntario de los programadores.

Estos temas exceden el campo del presente trabajo. Si he debido recordarlos sintéticamente es para evidenciar los nuevos desafíos que los estados deberán afrontar. Entre ellos los referidos a la ciudadanía jurídico-política (Olivieri 1999b) y a la extensión a los inmigrantes, que es necesario integrar, de derechos económicos y sociales imprescindibles (Zincone 1994) sin provocar por ello la reacción de las capas (sociales y generacionales) de la población autóctona más afectadas por la desocupación y la crisis del "estado social".

Problemas todos que, al menos por ahora, no tendrán solución en el plano supranacional y deberán ser necesariamente encarados dentro de los estados nacionales tal como están todavía constituidos.

IV

Como si fuera un epílogo

Los capítulos anteriores respetan dos características básicas de las que no quisiera apartarme en estas líneas finales: analizan los *aspectos identitarios* de los fenómenos examinados y lo hacen sobre la base de los datos que surgen de *dos amplias investigaciones empíricas* que constituyen, en ambos casos, un observatorio permanente de los temas que estudian.

Ahora bien, he afirmado, por ejemplo, que los inevitables conflictos de asentamiento que se han producido y seguirán produciéndose en el estado supranacional U.E. (sobre todo en el campo de las políticas económicas y financieras) podrán dar nuevo vigor a los estados nacionales europeos porque incluso las regiones "autónomas" deberán hacer valer sus reclamos a través de las estructuras de gobierno centralizadas ("nacionales") existentes; su voz, contrariamente a lo que esperaban y soñaban, sería demasiado débil para que llegaran a escucharla en los edificios burocráticos de Bruselas. (Por otro lado, el programa para la elaboración de una Constitución europea, presentado a principios de 2000 por el ministro de Relaciones Exteriores alemán, que luego de algunas dudas tiende, por ahora, a ser aceptado en Francia y parece tener el apoyo de los movimientos federalistas europeos, postula, entre otras cosas, una federación de estados nacionales y no de regiones autónomas).

Decía que los conflictos de asentamiento podrán provocar la supervivencia de los estados nacionales agrupados en la U.E. Es una conjetura, basada en los duros enfrentamientos que precedieron el nacimiento del euro, que podría ser fácilmente aplicada a otros casos (las contraposiciones entre los dos socios mayores del Mercosur, por ejemplo). Pero, extenderme sobre este argumento implicaría desviarme y desviar al lector del objeto y de las conclusiones fundamentales de este trabajo que se ubican en un plano eminentemente identitario. Lo que he subrayado en los capítulos anteriores es que las identidades ligadas a los estados supranacionales son *por ahora inconsistentes* y que las identidades cosmopolitas o globalizantes se demuestran hasta el momento *prácticamente inexistentes* a pesar de las muchas profecías en contrario. Las identidades colectivas vinculadas a los estados nacionales y, en ciertas ocasiones, las identidades regionales (o nacional-regionales) entroncadas a regiones que cuentan ya con mayor o menor autonomía (en los casos aquí estudiados: Cataluña y el Valle de Aosta) son las únicas que tienen actualmente un espesor relevante. Y esta aserción no es meramente conjetural, se basa en concretos datos empíricos que he expuesto detalladamente.

Siempre en este plano analítico creo de haber demostrado que la xenofobia y el racismo que se propagan en Europa son *una* de las causas del renacimiento de ciertas identidades colectivas en el viejo continente. En la misma forma que las relaciones etnocéntricas entre europeos e inmigrantes extranjeros provocan una doble serie de opuestas reacciones identitarias. Tampoco esto es una mera conjetura. Pero es importante tener presente la especificidad de cada uno de los casos nacionales analizados. Hemos visto que las actitudes xenófobas, en los países europeos estudiados, prosperan incluso entre simpatizantes de partidos cuya ideología oficial no es de rechazo al extranjero. Y los movimientos y partidos que cultivan, a menudo instrumentalmente, la prevención anti-inmigrantes no tienen siempre perfiles similares (Barbé 2000d). Lo que sí es un denominador común es el contexto caracterizado por transformaciones e incertidumbres colectivas (económicas, sociales, ecológicas). Una desorientación ligada a múltiples factores entre los cuales: a) la contraposi-

ción entre el “modelo europeo”, generado a lo largo de más de un siglo de luchas sociales, y el “modelo americano” de la movilidad ocupacional; b) el fantasma de la desocupación que en algunos casos desemboca en crisis de auto-estima en quienes terminan por culparse a sí mismos de la imposibilidad de conseguir un trabajo decoroso, algo que se acentúa si se tiene en cuenta que varios de los partidos y grupos más acérrimamente xenófobos se proclaman al mismo tiempo favorables al neo-liberalismo económico y contrarios al “asistencialismo”. En este clima se generan discriminaciones y exclusiones de toda clase y se va a la búsqueda de chivos expiatorios. Se trata de una crisis profunda que algunas variables, entre las cuales la que he llamado “ideal del yo” detectan puntualmente. Y por ahora esa crisis, contrariando también muchas profecías, no se ha traducido en Europa en un debilitamiento del vínculo identitario con los actuales estados-nación sino exactamente en lo contrario.

Comparando los datos argentinos con los europeos he constatado que el incremento en los valores de los indicadores de la identidad nacional verificados en Argentina a fines de 1999, luego de casi una década de signo contrario, no está directamente ligado, hasta ahora, a una reacción contra la inmigración extranjera. Por el momento (y resalto esta contingencia temporal) los cambios identitarios que se han insinuado en Argentina parecen orientarse en otra dirección. Lo que no impide que los índices de xenofobia y de despreocupado etnocentrismo sean alarmantes y puedan tener una mayor incidencia en el futuro.

Los fenómenos identitarios siguen trayectorias a veces inesperadas y son condicionados por múltiples factores a los que he aludido en las páginas anteriores. Las modificaciones que se vayan produciendo en el futuro deberán ser cuidadosamente controladas y analizadas.

Su importancia es tal que, de frente a la “crisis” de los estados nacionales (un tema a este punto descontando y obvio), son los factores identitarios uno de los puntales fundamentales de su supervivencia.

Turín, abril de 2000.

Referencias bibliográficas de los trabajos citados

- ✓ Achilli E. y Sánchez S., 1997, *La vida social de los tobas*, Santa Fe, Amsafe.
- ✓ Almond G. y Verba S., 1963, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press.
- ✓ Almond G. y Powell G., 1966, *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little Brown.
- ✓ Almond G. y Verba S. (comp.) 1980, *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- ✓ Anderson, B., 1983, *Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres-Nueva York, Verso.
- ✓ Allport G.W., 1954, *Prejudices*, Cambridge, Harvard University Press.
- ✓ Armstrong J., 1982, *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, University of Carolina Press.
- ✓ Barbagli M., 1998, *Immigrazione e criminalità in Italia*, Bologna, Il Mulino.
- ✓ Barbé C. y Olivieri M., 1972, *Analisi in prospettiva storica comparata sull'inadeguatezza della teoria funzionalista per lo studio dell'instabilità politica argentina: una proposta alternativa*, en *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, Turín, vol. VI, , pp. 127-172.
- ✓ Barbé C. y Olivieri M., 1990, *L'identità di una nazione*, Turín, Il Segnalibro.
- ✓ Barbé C. y Olivieri M., 1992, *Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo*, en Barbano F., Barbé C., Olivieri M. y otros, *Sociologia, storia, positivismo*, Milán, Angeli, pp. 237-473.
- ✓ Barbé C. y Olivieri M., 1998, *La decisione di emigrare ed i progetti migratori*, relación presentada al Congreso internacional: "International Migration Challenges for European Populations", (Universidad de Bari, 25-27 de junio de 1998), pp. 1-12.
- ✓ Barbé C. y Olivieri M., 1996-2000, *Emigrazione, immigrazioni, etnocentrismo, identità*, investigación financiada por el Consejo nacional de investigaciones italiano (CNR)
- ✓ Barbé C., 1974, *Progresso e sviluppo. La formazione della teoria dello sviluppo e lo sviluppo come ideologia*, Turín, Giappichelli.
- ✓ Barbé C., 1983a, *Identità e azione collettiva: quale identità?*, en Livolsi M. (comp.), *Sociologia dei processi culturali*, Milán, Angeli, pp. 136-156.
- ✓ Barbé C., 1983b *L'identità - "individuale" e "collettiva" - come dimensione soggettiva dell'azione sociale*, en L. Balbo y otros, *Complessità sociale e identità*, Milán, Angeli, pp. 261-276.
- ✓ Barbé C., 1984, *Identidad e identidades colectivas en el análisis del cambio institucional*, en "Revista de estudios políticos" (Madrid), n. 37, pp. 67-87.
- ✓ Barbé C., 1992a, *Razzismo e "nuovo razzismo" nell'attuale dibattito francese*, en "Quaderni di sociologia", XXXVI, n. 2, pp. 176-189.
- ✓ Barbé C., 1992b, *Senza compromessi: elementi identitari e aspetti culturali di un processo di mutamento*, en Barbé C. (comp.), *Le ombre del passato, Dimensioni culturali e psicosociale di un processo di democratizzazione*, Turín, Giappichelli, pp. 11-77.
- ✓ Barbé C., 1994a, *La "sfida di Pareto" e l'attuale ricerca sociologica. Elementi per una teoria dell'attore nel Trattato di sociologia generale di Pareto* en E. Ruttigliano (comp.), *La ragione e i sentimenti. Vilfredo Pareto e la sociologia*, Milán, Angeli, pp. 185-198.

- ✓ Barbé C., 1994b, *Etnocentrismi e gruppopcentrismi. Il caso dei gruppopcentrismi di età ed i conflitti intergenerazionali* en G. Lazzarini (comp.), *Anziani e generazioni*, Milán, Angeli, pp. 257-269.
- ✓ Barbé C., 1996a, *Esercito ed identità nazionale in Italia. "Ruoli nazionali" o "ruoli militari"?*, en "Rivista trimestrale di Scienza dell'Amministrazione", 3, pp. 15-37.
- ✓ Barbé C., 1996b, *Etnocentrismo, razzismo, xenofobia, identità. Problemi concettuali e metodologici y L'immigrazione a Torino: una ricerca sul territorio*, ciclo de seminarios dictados para el curso *Le radici dell'intolleranza* organizado con la contribución de la Unión europea y con el patrocinio del Ayuntamiento de Turín (abril-mayo).
- ✓ Barbé C., 1997a, *Il drastico irrobustimento dell'identità nazionale in Italia. Un'analisi empirica comparata*, en "Quaderni di Sociologia", 13, pp. 141-164.
- ✓ Barbé C., 1997b, *L'identità in Valle d'Aosta*, Simposium italo-francés: Universidad de Turín-Universidad de Grenoble, Aosta, 10-11 de octubre de 1997, en curso de publicación..
- ✓ Barbé C., 1998a, *I giovani europei e gli immigrati stranieri. Dati di una ricerca comparata (Italia, Francia, Spagna)*, *Congresso Mondiale sulla Pastorale dei Migranti e Rifugiati*, Ciudad del Vaticano, 5-10 de octubre, pp. 1-12.
- ✓ Barbé C., 1998b, *Inmigración, interacciones etnocéntricas y reacciones identitarias*, *Congreso Español de Sociología*, La Coruña. pp. 1-18.
- ✓ Barbé C., 1998c *Interazioni etnocentriche. Il punto di vista degli stranieri*, en Delle Donne M. (comp.), *Relazioni etniche, stereotipi e pregiudizi. Fenomeno migratorio ed esclusione sociale*, Roma, Edup, pp. 283-290.
- ✓ Barbé C., 1998d, *Identità e teoria dell'attore. Riflessioni sulla base dei risultati di una ricerca empirica comparata*, Asociación italiana de sociología, Sección: Teorías Sociológicas, Bolonia, 10 de octubre de 1998, pp. 1-24.
- ✓ Barbé C., 1999a, *Etnocentrismo, gruppopcentrismi, identità, ovvero perché l'etnocentrismo è più letale del razzismo*" en Negrini A. (comp.) *Atti dello stage: "Identità, integrazione, razzismo in una Europa multiculturale"*, organizado por ASTEA - INTERLAB, Eriskirch-Moos, Konstanz, 24-25 de abril, en curso de publicación.
- ✓ Barbé C., 1999b, *Identidades nacionales, identidades supranacionales y separatismos: una investigación empírica comparada*, Buenos Aires, Universidad T. Di Tella, *Documentos de trabajo* n. 58, pp. 1-28.
- ✓ Barbé C., 1999c, *L'inclusione e l'esclusione dei migranti*, en Della Campa M., Ghezzi M., Melotti U. (comp.), *Vecchie e nuove povertà nell'area mediterranea*, Milán, Edizioni della Società Umanitaria, pp. 263-270.
- ✓ Barbé C., 1999d, *Lo studio dei processi migratori: la necessità di un'analisi globale... e di superare alcune false premesse*, Congreso: "I sociologi italiani e la dinamica dei processi migratori", Universidad de Forlì, 8-9 de octubre, pp. 1-14.
- ✓ Barbé C., 1999e, *L'identità nazionale in Italia alle soglie del 2000. Un confronto internazionale*, en Bartocci E. y Cotesta V., *L'identità italiana. Emigrazione, immigrazione e conflitti etnici*, Roma, Edizioni Lavoro, pp. 229-245.
- ✓ Barbé C., 1999f, *Perché si rafforza l'identità nazionale in Italia? Uno studio comparativo*, en Marletti C. (comp.), *Politica e società in Italia*, Milán, Angeli, pp. 397-416.
- ✓ Barbé C., 2000a, *L'identité. Problèmes théoriques et recherches empiriques comparées. Le cas de l'Italie et de la Vallée d'Aoste*, en Bertrand G. (comp.) *Identité et cultures dans les mondes alpin et italien*, Paris, L'Harmattan, en curso de publicación.
- ✓ Barbé C., 2000b, *I giovani europei, gli immigrati stranieri ed i riflessi identitari in Italia, Francia e Spagna*, en Actas de la "Conferenza internazionale: L'abbaglio multiculturale. Rischi e necessità nell'integrazione tra genti diverse del Mediterraneo",

- (Universidad de Roma "La Sapienza", 16-18 de noviembre de 1998), Roma, en curso de publicación.
- ✓ Barbé C., 2000c, *Quale Italia? La questione nazionale italiana in prospettiva comparata*, en "Futuribili", número monográfico: *Gli italiani ci sono, a quando l'Italia?*
 - ✓ Barbé C., 2000d, *Lo que pasa en Europa... y lo que puede pasar en otras partes*, en "Relaciones Internacionales", La Plata, 18, diciembre-mayo.
 - ✓ Barker M., 1981, *The New Racism*, Londres, Junction Books.
 - ✓ Basch L., Glick Schiller N., Szanton-Blanc C., 1992, *Transnationalism: A New Analytic Framework for understanding Migration*, en Id. (comp.) *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences.
 - ✓ Basch L., Glick Schiller N., Szanton-Blanc C., 1995, *From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration*, en "Anthropological Quarterly", 68, n. 1, pp. 48-70.
 - ✓ Bastida X., 1998, *La nación española y el nacionalismo constitucional*, Barcelona, Ariel.
 - ✓ Bauman, Z., 1998, *Globalization. The Human Consequences*, Polity Press-Blackwell Publishers.
 - ✓ Bell D., 1973, *The Coming of Post-industrial Society*, Londres, Heinemann.
 - ✓ Bellah R.N., 1968, *Civil religion in America*, en McLoughlin W. y Bellah R.N. (comp.), *Religion in America*, Boston, Houghton Mifflin.
 - ✓ Benoist A. de, 1986, *Racisme: remarques autour d'une définition*, en Béjin A. y Freund J. (comp.), *Racismes, Antiracismes*, Paris, Librairie des Méridiens.
 - ✓ Bobbio N., 1995, *Quale Italia?*, en "Reset", 13.
 - ✓ Bouchard M., 1995, *L'uguaglianza di fronte alla legge penale nella prassi della giustizia minorile*, en Cottino A. y Sarzotti C. (comp.), *Diritto, uguaglianza e giustizia sociale*, Turín, L'Harmattan Italia, pp. 209-215.
 - ✓ Breuilly J., 1993, *Nationalism and the State*, Manchester-Nueva York, Second.
 - ✓ Bugental J.F. y Zelen S.L., 1950, *Investigations into the "Self-Concept". I.: The W.A.I. Technique*, en "Journal of Personality", 18.
 - ✓ Cartocci R. y Parisi A. (comp.), 1997, *Difesa della patria e interesse nazionale nella scuola*, Milán Angeli.
 - ✓ Chiaramonte J.C., 1992, *Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810*, en Barbé C. (comp.), *Le ombre del passato*, op. cit., pp. 79-109.
 - ✓ Chiaramonte J.C., 1997, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel.
 - ✓ Connor W., 1994, *Ethnonationalism. The quest for understanding*, Princeton, Princeton University Press.
 - ✓ Cooley Ch., 1902, *Social organizations*.
 - ✓ Deutsch K., 1969, *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*, Cambridge-Londres, MIT Press.
 - ✓ Erikson, E., 1950, *Childhood and Society*, Nueva York, W.W. Norton.
 - ✓ Erikson, E., 1968, *Identity Youth and Crisis*, Nueva York, W.W. Norton.
 - ✓ Escudé C., 1992, *Cultura política y contenidos educativos: el caso de Argentina*, en Barbé C. (comp.), *Le ombre del passato*, op. cit., pp. 111-154.
 - ✓ Freud, S., 1921, *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, Internationaler psychoanalytischer Verlag.
 - ✓ Geertz C. (comp.), 1963, *Old Societies and New States*, Nueva York, Free Press.
 - ✓ Gellner E., 1983, *Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell.

- ✓ Gillis, J. (comp.), 1994, *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press.
- ✓ Giusti R., 1910, Comentario al volumen de R. Rojas (1909) en "Nosotros", IV, t. V.
- ✓ Habermas J., 1998, *Die Postnationale Konstellation*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag.
- ✓ Hall, J:A.(comp.), 1998, *The State of Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ✓ Held, D., 1993, *Democracy: from City States to a Cosmopolitan Order*, en Id. (comp.), *Prospects for Democracy*, Stanford, Stanford University Press.
- ✓ Hernández Arregui J.J., 1973, *¿Qué es el ser nacional? La conciencia histórica iberoamericana*, 3a. ed, Buenos Aires, Plus Ultra.
- ✓ Hobsbawm E. J. y Ranger T., 1983, *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ✓ Hobsbawm E. J., 1990, *Nations and Nationalism since 1780*, traducción italiana, Turín, Einaudi, 1991.
- ✓ Huntington S., 1996, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon and Schuster.
- ✓ Imaz J.L., 1984, *Sobre la identidad iberoamericana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ✓ Jáuregui, G., 1997, *Los nacionalismos minoritarios y la Unión Europea*, Barcelona, Ariel.
- ✓ Jáuregui Bereciartu G., 1988, *Contra el Estado-nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*, 2a. ed, Madrid, Siglo XXI.
- ✓ Kellas J., 1991, *The Politics of Nationalism and Ethnicity*, Londres, Macmillan.
- ✓ Kuhn M. y McPartland T., 1954, *An Empirical Investigation of Self-Attitudes*, en "American Sociological Review", 59.
- ✓ Larrain J., 1996, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago, Andrés Bello.
- ✓ LaPiere R., 1934, *Attitudes versus Actions*, en "Social Forces", 13, pp.230-237.
- ✓ Lipiansky E., 1979, *L'âme française ou le National-libéralisme*, París, Anthropos.
- ✓ Lipiansky E.M., 1992, *Identité et communication*, Paris, Presses Universitaires de France.
- ✓ MacDonald, J.S. y Mac Donald L.D., 1964, *Chain Migration, Ethnic Neighborhood and Social Networks*, en "Milbank Memorial Fund Quarterly", XXXIII, 42, pp. 82-95.
- ✓ Mármora L., 1997, *Las políticas de migraciones internacionales*, IOM, Madrid-Buenos Aires, Alianza editorial.
- ✓ Marshall T.H., 1973, *Class, Citizenship and Social Development*, Westport, Greenwood Press.
- ✓ Melucci, A. y Diani M., 1983, *Nazioni senza stato. I movimenti etnico-nazionali in Occidente*, Turín, Loescher.
- ✓ Melucci, A., 1991, *Il gioco dell'io. Il cambiamento di sé in una società globale*, Milán, Feltrinelli.
- ✓ Mendras H., 1997, *L'Europe des européens. Sociologie de l'Europe occidentale*, Paris, Gallimard.
- ✓ Mercadé F, Hernández F. y Oltra B., 1983, *Once tesis sobre la cuestión nacional en España*, Barcelona, Anthropos.
- ✓ Miller D., 1995, *On Nationality*, Oxford University Press, Nueva York, ed. esp., *Sobre la nacionalidad*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1997.
- ✓ Nowak S., 1977, *The Strategy of Cross-National Survey Research for the Development of Social Theory*, en Szalai A. y Petrella R. (comp.), 1977, *Cross-National Comparative Survey Research. Theory and Practice*, Oxford, Pergamon Press.

- ✓ Olivieri M., 1987, *Un siglo de legislación en materia de inmigración. Italia-Argentina 1860-1960*, en "Estudios migratorios latinoamericanos", 6-7, pp. 225-248.
- ✓ Olivieri M., 1990, *Gli argentini in Piemonte*, en Cocchi G. (comp.), *Stranieri in Italia*, Bologna, Istituto Cattaneo, pp. 91-107.
- ✓ Olivieri M., 1994, *Cittadini dimezzati. Italiani rampanti o italo-america inesistenti?*, en Delle Donne M., Melotti U. y Petilli S. (comp.), *Immigrazione in Europa. Solidarietà e conflitto*, Roma, Cediss, pp. 327-343.
- ✓ Olivieri M., 1997, *Inmigración y emigración de retorno*, Buenos Aires, Universidad T. Di Tella, working-paper n. 48, pp.1-40.
- ✓ Olivieri M., 1998, *Emigrazione italiana tra stereotipi e pregiudizi*, en Delle Donne M. (comp.), *Relazioni etniche. Stereotipi e pregiudizi. Fenomeno immigratorio ed esclusione sociale*, Roma, EdUP, pp. 231-241.
- ✓ Olivieri M., 1999a; *Migraciones, estereotipos y prejuicios, ayer y hoy. El caso italiano*, en "Migraciones" (Madrid), n. 5., pp. 85-126.
- ✓ Olivieri M., 1999b, *Emigrati all'estero...Fratelli d'Italia?*, en Bartocci E. y Cotesta V. (comp.), *L'identità italiana. Emigrazione, immigrazione e conflitti etnici*, Roma, Edizioni Lavoro, pp. 229-245.
- ✓ Organski A., 1965, *The Stages of Political Development*, Nueva York.
- ✓ Palmonari A., Carugati F., Ricci Bitti P. y Sarchielli G., 1979, *Identità imperfette*, Bologna, Il Mulino.
- ✓ Ramos Mejía J.M., 1898, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires.
- ✓ Reynolds V., Falger V. y Vine I., 1987, *The Sociobiology of Ethnocentrism*, Londres-Sydney, Croom Helm,
- ✓ Rodríguez Tomé H., 1972, *Le Moi et l'Autre dans la conscience de l'adolescent*, Delachaux et Neuchâtel, Niestlé.
- ✓ Rodríguez Tomé H. y Bariaud F., 1979, *La struttura dell'identità: ricerca su popolazioni di adolescenti francesi*, en Giovannini D. (comp.), *Identità personale. Teoria e ricerca*, Bologna, Zanichelli, pp. 61-77.
- ✓ Rojas R., 1909, *La Restauración nacionalista*, Buenos Aires.
- ✓ Rokkan S., 1971, *Nation-Building*, en "Current Sociology", 19, n. 3.
- ✓ Rusconi G.E., 1997, *Patria e repubblica*, Bologna, Il Mulino.
- ✓ Rusconi G.E., 1999, *Possiamo fare a meno di una religione civile?*, Roma-Bari, Gius, Laterza e figli.
- ✓ Sartre J.P., 1954, *Réflexions sur la question juive*, París, Gallimard.
- ✓ Seton-Watson H., 1977, *Nations and States. An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Londres, Methuen.
- ✓ Sassen S., 1996, *Migranten, Siedler, Flüchtlinge*, Frankfurt, Fischer.
- ✓ Schmid A. F. (comp.), 1996, *Migration and crime*, Milán, ISPAC.
- ✓ Shils E., 1957, *Primordial, personal, sacred and civilties*, en "British Journal of Sociology", 7.
- ✓ Smith A., 1986, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Basil Blackwell .
- ✓ Smith A., 1991, *National Identity*, Londres, Pinguin Books.
- ✓ Soldani S. y Turi G. (comp.), 1993, *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino.
- ✓ Spadolini G. (comp.), 1994, *Nazione e nazionalità in Italia*, Roma, Gius, Laterza e figli.
- ✓ Sumner W., 1906, *Folkways*, New Haven, Yale University Press.
- ✓ Taguieff P.-A., 1987, *La force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, Paris, La Découverte.

- ✓ Taguieff P.-A., 1990, *Le racisme*, Paris, Flammarion.
- ✓ Taylor, Ch., 1992, *The Politics of Recognition*, Princeton, Princeton University Press.
- ✓ Thomas W.I. e Znaniecki F, 1918-1920, *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, The University of Chicago Press.
- ✓ Tomasevski K., 1996, *Host Country Crime Problems*, en A.P. Schmid, *Migration and Crime*, op. cit., pp. 67-84.
- ✓ van Dijk T., 1994, *Il discorso razzista. La riproduzione del pregiudizio nei discorsi quotidiani*, Messina, Rubbettino.
- ✓ Van Den Berghe P., 1978, *Race and Ethnicity: a Sociobiological Perspective*, en "Ethnic and Racial Studies", vol I.
- ✓ Weber E., (1976), *Da contadini a francesi. La modernizzazione della Francia rurale (1870-1914)*, versione italiana, Bologna, Il Mulino, 1989.
- ✓ Wiewiorka, M., 1991, *L'espace du racisme*, Paris, Seuil.
- ✓ Wiewiorka, M. (comp.), 1996, *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*, Paris, La Découverte.
- ✓ Wilson E., 1978, *On Human Nature*, Harvard, Harvard College.
- ✓ Wong L., 1997, *Globalization and Transnational Migration*, en "International Sociology", n. 3, pp. 5-18.
- ✓ Zavalloni M., 1980, *Identité sociale et éco-égologie. Vers une science empirique de la subjectivité*, en Tap P. (comp.), *Identités collectives et changements sociaux*, Tolosa., Privat.
- ✓ Zincone G., 1994, *Uno schermo contra il razzismo*, Roma, Donzelli.